



José Zorrilla

# Un año y un día

2003 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

**José Zorrilla**

# **Un año y un día**

Caín, pirata

**PERSONAJES:**

Caín, Capitán pirata

Rodulfo

Elena

Pedro

Tomás

Un marinero de la Marina Real

Dos marineros piratas -Dos de la Marina Real.

La escena es en la isla Cabrera, una de las baleares. Siglo XVII.

Introducción

Playa desierta en la isla Cabrera. Mar en el fondo. Rocas a la derecha.-La acción empieza al anochecer de un día de Junio.

Escena primera

El mar empieza a calmarse después de una tempestad, y la noche va cerrando. PEDRO aparece bajando por los peñascos a la playa, desde donde contempla el mar, sentándose en una piedra.

**PEDRO**

¡Esto va malo, Perico!

No es esta vida salvaje

para quien ha estado siempre

entre seres racionales.

Ello es verdad que no habiéndolos

aquí, tampoco hay percances

de escribanos ni alguaciles....,

y esto ¡qué diablo! algo vale.

Aquí nadie me pregunta

ni exige pruebas legales

que acrediten que soy Pedro,

Diego, Juan, Antonio o Jaime;

mi oficio, mi ocupación,

qué casa vivo y qué calle.

Todo eso es verdad, sin duda,

y una ventaja muy grande

para hombres que, como yo,

no gustan de que se hable

mucho de ellos: mis asuntos,

al cabo a nadie le atañen.

Pero ajustando las cuentas

en limpio, y por otra parte

viendo el negocio, es muy duro

que un hombre la vida pase

como un lobo entre las peñas,

los espinos y los árboles,

durmiendo en una caverna,

de peces alimentándose,

y esperando a que la mar

le arroje algo que le cuadre,

presa arrancada a otro pobre

por traidores temporales.

¡Oh, y el de hoy fue cosa horrenda,

hizo noche a media tarde!

Esto va malo, Perico...;

mas de la vista al alcance

flota en el agua un objeto,

dos, tres... ¡Bah! Dios te lo pague,

Levante amigo, que empujas

hacia tierra el oleaje,

Y es un barril... ¡Haga el diablo

que no sea de vinagre,

que a fe que no necesito

ácidos que abran el hambre!

¡Hola, hola, y cómo pesa!

y allí viene un cajón grande

y más allá veo un fardo

y otro barril: ¡oh, santo ángel

de mi guarda! y esto es vino,

y esto pólvora.

VOZ EN EL MAR

¡Amparadme,

Santo Dios!

PEDRO

¡Cielos, qué acento!

VOZ

¡Ay de mí!

PEDRO

(Mirando.)

Del agua sale:

¡oh, sí, lo veo, es un náufrago!

(Haciendo seña con las manos.)

¡Eh, buen hombre, ánimo; nade

un poco más, y está en salvo!

No me escucha... ¡Oh! se desase

del palo a que se agarraba;

no puede más..., a salvarle

voy, si es que alcanza su vida

hasta que llegue a esperarme.

(Se arroja al mar, y queda un momento sola la escena.)

Escena II

PEDRO y ELENA

(Pedro trae a Elena desmayada y la pone sobre las piedras.)

PEDRO

Dios quiera que aun sea tiempo

de salvarla... ¡Oh! Hubo un instante

en que temí por los dos,

del agua con los embates.

¡Infeliz! Perdió el sentido



antes de que yo llegase,

y ya, a merced de las olas,

estaba próxima a ahogarse.

Si un sorbo de vino al menos

pudiera hacer que tragase...

¡Vamos a ver!

(Toma una concha, vierte en ella unas gotas del licor que contiene el barril, y se lo hace tragar.)

ELENA

¡Ay!

PEDRO

Respira.

ELENA

¿Dónde estoy?

PEDRO

En un paraje

seguro ya, aunque no ofrece

sobradas comodidades.

Ea, bebed, que ahora es fuerza

reponerse y calentarse,

porque el baño ha sido largo

y peliagudillo el lance.

ELENA

Y vos, hombre generoso,

que sin duda por salvarme,

vuestras ropas aun mojadas

muestran que al mar os echasteis,

¿quien sois? ¿Que país es éste?

PEDRO

Contestación no muy fácil

tienen esas dos preguntas,

señora..., mas escuchadme,

aunque no den mis palabras

gran consuelo a vuestros males.

La tierra en que estáis es una

de las islas Baleares.

ELENA

¡Oh! ¿Cuál de ellas?

PEDRO

La Cabrera.

Pero no hay más habitantes

que nosotros en su suelo,

y no siendo útil a nadie,

rara vez aporta un buque

a sus riberas salvajes.

Ha tiempo había una torre,

de la cual eran guardianes

diez soldados españoles;

mas dos o tres años hace

que un día los degollaron

unos piratas de Tánger.

Por lo que toca al país

os he dicho lo bastante;

y en cuanto a mí, de mi historia

no habrá mucho que relate.

Soy mallorquín: mis negocios

me hicieron al mar lanzarme

de un pescador en un bote,

y el mar me echó a estos lugares.

Un mes ha que estoy en ellos,

y puesto que a ellos llegasteis,

contándoos cómo vivo

no hay para que más os canse.

ELENA

¡Ay de mí! ¿Conque en tal caso

no hay medio de abandonarles?

PEDRO

Ninguno, como algún buque

no nos descubra, que pase,

o algún águila marina

de los pelos no nos saque;

lo cual, señora, ya veis

que sería extraño viaje.

ELENA

Y ¿qué hacer?

PEDRO

Nada; ponerse

en manos de Dios, estarse

noche y día en atalaya,

por si llegar vemos alguien

que nos socorra, y vivir

en soledad agradable,

como allá en el Paraíso

nuestros primitivos padres.

ELENA

¡Misericordia de Dios!

PEDRO

No está de más invocarle.

Mas decidme (esto, señora,

si es que se puede y os place)

cómo llegasteis aquí.

ELENA

Un barco de catalanes,

a cuyo bordo a Mallorca

pasaba desde Alicante,

nafragó, perdido el rumbo

con la borrasca, y salvarme

logré, asida a ese madero,

luchando toda la tarde

con la mar, desesperada

de lograrlo a cada instante.

Esta es mi historia, buen hombre,

PEDRO

Ea, pues Dios nos depare

buena suerte y buen auxilio.

Entre aquestos peñascales

tengo una mala barraca;

ocupadla, y que descanse

dejad al cuerpo unas horas,

mientras que pongo remate

a la colección de frutos



que la marea nos trae.

Y tiempo hay de discurrir

lo que conviene.

ELENA

Ayudadme,

que estoy entumida toda.

PEDRO

Dadme el brazo y animarse,

¡voto va el diablo!

(Éntranse por la derecha, y vuelve luego Pedro solo.)

Escena III

PEDRO

Ea, pues,

heme aquí ya, ¡vive Dios!

en medio de este desierto,

y a la tormenta deudor

de una nueva compañera

que en mi soledad me dio.

Vaya, veamos qué es esto.

¡Hola! Barrica de ron,

un baúl...

(Le rompe con una piedra para abrirle.)

Ropa... Pistolas...

Un collar, un libro, dos,

tres, cuatro... Esto era de un sabio.

Veamos qué libros son:

«Historia de Carlo Magno

y los doce Pares...» ¡Oh,

gran libro! Tomo tercero,

«Comedias de Calderón.»

Siempre que no hablen en ellas

más personajes que dos,

bien las podemos hacer

esa compañera y yo.

(Sigue recogiendo cajones y demás objetos que el mar arroja a la playa.)

Escena IV

PEDRO, y ELENA dentro.

ELENA

¡Eh! Mirad, mirad.

PEDRO

¿Qué es ello?

ELENA

Un barco.

PEDRO

¡Poder de Dios!

(Aparece a lo lejos un bergantín.)

Y es cierto; hagámosle seña;

ahí tenéis ese jirón

de mi manta... Mas ¿qué es esto?

O veo visiones yo,

o a las velas cogen rizos.

¡Sí, sí, viran a estribor,

dirigen aquí su rumbo!

ELENA

(Desde las peñas.)

¡Oh, mis ruegos escuchó

el cielo, y en ese barco

nos envía salvación!

PEDRO

Botan al agua una lancha;

pero ¡válgame el Señor,

buen amparo nos envía!

ELENA

¿Qué decís?

PEDRO

Pues ¡ellos son!

ELENA

¿Quiénes?

PEDRO

¿No veis los arreos?

Piratas.

ELENA

¿Cielos, hay hoy

más desdichas que apurar?

PEDRO

Pronto ocultaos, si no

queréis que seamos hechos

cautivos ambos a dos.

Meteos entre las peñas;

puede que su expedición

no sea más que hacer agua;

y con prudencia y valor

puede que salgamos bien

y que nos ayude Dios.

ELENA  
Si él no lo hace...

PEDRO

Ea, venid,

y dejadme que obre yo,

que para perdernos ambos

siempre ha de ser ocasión.

(Vanse por la derecha.)

ELENA

¡Piratas! ¡Ay, esperanza

de sueño fascinador!

Escena V

CAÍN, RODULFO, TOMÁS y DOS PIRATAS en lancha y con trajes sicilianos, pistolas al cinto, etc., etc.

CAÍN

Sacad a tierra esas pipas,

bajadlas a la caverna

en que el manantial se oculta,

y avisad cuando estén llenas.

(Los marineros sacan dos toneles y los llevan por detrás de las peñas a la derecha)

(A Tomás.)

Preside tú esa maniobra

y cuida que te obedezcan;

y tú, Rodulfo, colócate

de atalaya entre las peñas.

Si algo repentino ocurre

que reclame mi presencia,

la tierra de la isla es poca

y oiré al punto la seña.

(Vanse, Caín por la izquierda, y Rodulfo por la altura de la derecha.)

Escena VI

TOMÁS

Obscura cierra la noche,

hierve el mar y el viento arrecia.

Ya darnos caza no pueden,

nuestra nave es más velera,



y traen mucha gente inútil

y poca marina diestra.

¡ay de mí! ¡Quién otros días

suerte tal me predijera!

Así las cosas del mundo

se eslabonan y encadenan

las unas tras de las otras

y nos arrastran por fuerza

del obscuro porvenir

a la sima de tinieblas.

#### Escena VII

PEDRO aparece sacando la cabeza con precaución por los peñascos; TOMÁS le descubre al punto y le encañona una pistola.

PEDRO

No siento nada; tal vez

se internaron por la tierra.

TOMÁS  
¿Quién va?

PEDRO  
¡Cielos! ¡Soy perdido!

TOMÁS  
¡Eh! Buen hombre, sea quien sea,

échese al punto, o le meto

dos balas en la cabeza.

Entregaos.

PEDRO  
Ya me entrego.

TOMÁS  
¿Solo estáis?

PEDRO  
Solo.

TOMÁS  
Desierta

está hace tiempo esta isla:

¿cómo os encontráis en ella?

PEDRO

Huyendo de enemistades

y voluntades siniestras,

echéme al mar en Mallorca

y el mar me echó a esta ribera.

TOMÁS

¿Nadáis, pues, como un salmón?

PEDRO

No nadé, que vine a fuerza

de remos, en una barca

de un pescador.

TOMÁS

Cosa es esa

que se acerca a la verdad;

mas ¿y el bote?

(Mirando al agua.)

PEDRO  
La marea

se lo tragó, y ya hace un mes

que habito aquí entre las peñas

como un animal salvaje.

TOMÁS  
¿Y a Mallorca no quisierais

volver?

PEDRO  
¿A Mallorca? ¡Oh, no!

TOMÁS  
Tenéis en aquella tierra

muchos amigos, sin duda,

pues la hacéis tal preferencia.

PEDRO

¡Qué queréis! Cosas del mundo.

TOMÁS

Ya. (Si este hombre a mis ideas

contribuyese.)

(Examinándole.)

PEDRO

(¿Qué diablos

me examina con tal flema?)

TOMÁS

(Veamos.) Buen hombre, hablemos

ambos a dos con franqueza.

Yo necesito de vos,

y vos de quien os proteja.

Si me servís, yo os prometo

que sois libre, y las antenas

de aquel bergantín pirata

no han de saber lo que pesa

el cuerpo de un mallorquín

suspendido en una verga.

PEDRO

¡Oh! Sí; sea la que fuere,

acepto vuestra propuesta.

TOMÁS

Decidme, pues: para ser

hombre de bien en la tierra,

¿qué os hace falta?

PEDRO

Dos cosas.

TOMÁS

Bien; dinero es una de ellas.

PEDRO

Precisamente.

TOMÁS

¿Y la otra?

PEDRO

Otro nombre y otras señas

en mi individuo.

TOMÁS

¿Queréis

cambiar conmigo las vuestras?

PEDRO

¿Con vos?

TOMÁS

Nada os dé cuidado;

caí, volviendo de América,

en las manos de esa gente,

y aunque hay razones secretas

que abandonarla me impiden,

no hay hombre alguno que pueda

reconocerme en mi patria,

pues años ha salí de ella.

PEDRO

Si no hay peligro en mostraros...

TOMÁS

Ninguno.

PEDRO

Pues cosa hecha.

TOMÁS

Pues tomad. Todos los años

volveréis por esta época

a esta isla, y hallaréis

una cantidad como ésa

donde queráis enterrada.

PEDRO

Pero ¿qué hay que hacer por ella?

TOMÁS

Oíd. Con esos papeles



que contiene esa cartera

acreditaréis que sois

Tomás Ruiz de Villanueva.

PEDRO  
Que sois vos.

TOMÁS  
Seguramente.

Escrita en una hoja de esas

veréis mi historia, que es breve;

usadla como os convenga.

PEDRO  
Bueno.

TOMÁS  
Y siendo Tomás Ruiz

arribaréis a Marbella,

a Alicante, a cualquier punto

de España, donde os parezca.

Iréis luego a Andalucía,

y en el Valle de Purchena

hallaréis un lugarcillo

de seis casucas de tierra.

Preguntaréis por vos mismo,

tomaréis todas las señas

y noticias que allí os den

de vuestra mujer.

PEDRO

La vuestra.

TOMÁS

Por supuesto. Allí hallaréis,

si por ventura no es muerta,

una hija que Dios me dio:

amparadla, protegedla,

decidla que sois su padre:

no le digáis la manera

con que vivo, y sed vos bueno,

sed indulgente con ella.

Si yo no parezco más,

lo que es fácil que suceda,

os doy todos mis derechos:

persona fiel y secreta

os llevará la noticia

de mi muerte, y suma inmensa

os entregará en mi nombre;

mas si el mensaje no llega,

seguid haciendo mis veces

y esperad a que yo vuelva.

¿Aceptáis?

PEDRO

Acepto.

TOMÁS

Ahora,

tomo sobre mi conciencia

todo el mal que hayáis vos hecho.

A esta isla una galera

llegará que nos da caza,

y sabe que en estas peñas

hay una fuente, que usamos;

podéis acogeros a ella,

y pues sois ya Tomás Ruiz,

empezad vuestra comedia.

PEDRO

Está bien.

TOMÁS

Pues ocultaos;

y no os paséis en la cuenta,

que aunque me fío de vos

de tan extraña manera,

no faltará quien me vengue

si olvidáis vuestras promesas.

PEDRO

De todas mis fechorías,

sería esa la más necia,

cuando me reporta a mí

más que a nadie conveniencia.

TOMÁS

Contad, pues, con un amigo,

y andad, que alguno se acerca.

Escena VIII

TOMÁS y RODULFO

TOMÁS

¡Quién sabe! Acaso el destino.

me depara un hombre fiel

para que encuentre por él

de mi ventura el camino.

¡Ah! Sin el fatal secreto

que a esos inicuos me ata

fuera yo por el pirata

antes muerto que sujeto.

Mas Rodulfo, ¡desdichado!

destino tal no merece,

y su destino, parece

en acosarle empeñado.

RODULFO

¡Tomás!

TOMÁS

Rodulfo. ¡Imprudente!

RODULFO

No pases, buen viejo, afán:

lejos está el capitán

y en tranquilidad la gente.

Y pues un momento aquí

nos hallamos en sosiego,

aconséjame te ruego.

TOMÁS  
¡Aconsejarte!

RODULFO  
Oye.

TOMÁS  
Di.

RODULFO  
Tomás, hasta aquí llegó.

aquí mi padre me mata

primero que del pirata

al barco me vuelva yo.

No volveré a ver izar



en combinación extraña,

de la Inglaterra y la España

las banderas a la par.

No quiero ver que en un viaje

si topamos tres bajeles,

entramos como de infieles

en los tres al abordaje.

Bajo un pabellón lidiar,

sea el que sea, eso es valor.

¿No lo es a todos traidor

correr con todos la mar?

Y en fin, es cosa segura,

pese al capitán o no,

en esta isla tendré yo

libertad o sepultura.

TOMÁS

¡Tan resuelto!

RODULFO

Sí, Tomás;

y pues tú mi solo amigo

fuiste siempre, tú conmigo

libre o muerto quedarás.

TOMÁS

¡Ah! El capitán, pobre niño,

tal vez te dé esa licencia,

porque, en Dios y en mi conciencia,

te tiene mucho cariño.

Pero a mí..., nunca lo esperes.

RODULFO

¿Y por qué? ¿No sabe acaso

que sin ti no ha dado un paso

desde que nací? ¿Que me quieres

como a un hijo? ¡Oh! Yo me atrevo

a asegurar que consiente

en que dejemos su gente.

TOMÁS

Y yo consentir no debo

que en mi nombre le supliques,

porque a la primer sospecha,

Rodulfo, a la mar nos echa...

RODULFO

Por Dios, Tomás, que te expliques.

TOMÁS

Mira, Rodulfo: yo fui

quien los primeros abrazos

te dio, y en mis propios brazos

al nacer te recogí.

Desde aquel día fatal

no me he separado un punto

de ti, y pensaba difunto

dejar compañía tal.

Tú, que no puedes memoria

conservar de tu niñez,

ni aun te imaginas tal vez

tu desventurada historia.

Mas yo, que la tengo escrita,

Rodulfo, en mi corazón,

medito tu salvación,

y hasta el descanso me quita.

No, no; con razón ninguna

podemos ni tú ni yo

vivir con quien nos juntó

nuestra maldita fortuna.

Pero sigue mi consejo:

si tú te quieres salvar,

a mí no me has de nombrar,

que los conozco y soy viejo.

RODULFO

No sé, Tomás, qué adivino

de siniestro en tus palabras.

TOMÁS

Sigue mi consejo, y labras

tu destino y mi destino.

RODULFO

Y ¿qué, me tengo de hacer

sin tus consejos en tierra,

si en el llano o en la sierra

no sé los peligros ver?

Los que en la mar nos pasamos

nuestra vida, ¿qué valemos

en tierra si no tenemos

uno tras de quien vayamos?

Seré... infeliz o dichoso;

pero ¿piensas que sin ti

pueda olvidar que hoy aquí

dejo un hombre generoso?

Ya me depare mi suerte

una opulenta fortuna,

ya obscura como mi cuna

ruede mi vida a mi muerte,

Tomás, tú en mi corazón

vivirás siempre conmigo,

en mis placeres amigo,

y consuelo en mi aflicción.

Sí; pediré al capitán

nuestra licencia; los dos

juntos, que juntos por Dios

nuestros destinos están.

**TOMÁS**

¡Hijo mío, así te quiero,

noble y generoso, así!

(Con entusiasmo.)

¡Bien veo, Rodulfo, en ti

tu valor de caballero!

**RODULFO**

¿Qué dices, Tomás? Mi padre...



TOMÁS  
Calla, ¡por Cristo, imprudente!

RODULFO  
Pero...

TOMÁS  
A pesar de esa gente,

vive en ti tu noble madre.

RODULFO  
(Con tristeza.)

¡Mi madre!

TOMÁS  
¿Qué te entristece?

¿Te pesa de asemejarte

a tu madre?

RODULFO  
A confesarte

la verdad, no me parece

bastante esa semejanza.

De mi padre la quisiera,

porque con ella creciera

más hidalga mi esperanza.

**TOMÁS**

Pues, en fin, al tiempo aguarda,

que quien tuvo buena madre,

bien puede tener buen padre.

**RODULFO**

O ella una pasión bastarda.

Porque mi padre, lo ves,

es ya de rapiña un ave

que sólo hacer presa sabe

con las alas y los pies.

Tomás, ¡Dios me lo perdone!

pero siento a mi pesar

que jamás le podré amar

aunque el ser padre le abone.

Y si no es por el amor

que tú siempre me has mostrado,

al mar me hubiera arrojado

mil veces en mi furor.

**TOMÁS**

¡Ay, Rodulfo, ya lo sé!

Yo, que a tu lado he dormido

tantos años, conocido

tu corazón tengo a fe.

¡Cuántas veces escuchándote

bajo pesadilla horrible

luchar, a la lid terrible

puse yo fin despertándote!

¡Cuántas veces al salir

ese fatal pensamiento

de tu boca, ahogué tu aliento

por si él lo podía oír!

Rodulfo, tienes razón:

ya acompañarnos no debes,

y si a dejarnos te atreves,

no pierdas esta ocasión.

RODULFO

Sin ti, imposible será.

TOMÁS

De rodillas te lo pido:

no me nombres, o perdido

tu porvenir todo está.

RODULFO

No alcanzo por qué misterio...

TOMÁS

No le intentes comprender,

porque es forzoso ceder

a su poderoso imperio;

y te lo digo otra vez,

aunque te canse mi afán...

Mas viene allí el capitán,

ten en cuenta su altivez.

RODULFO

Mi puesto voy a ocupar,

Tomás; y antes de partir

mi padre, aquí me ha de oír,

o aquí me habrá de matar.

(Sube.)

TOMÁS

¡Oh bizarro corazón,

cómo tu sangre conoces,

y cómo te dice a voces

tu origen, tu inclinación!

Escena IX

TOMÁS, y CAÍN

CAÍN

¿Qué hace esa gente? ¿Tenemos

acaso el tiempo de sobra,

cuando ingleses nos dan caza

y está cercana la aurora?

Baja a la gruta y aguíjalos.

TOMÁS

Capitán, ved que son hondas

las pipas.

CAÍN

¡Eh! Que las llenen

pronto, y si no, que las rompan.

Escena X

CAÍN. Después PEDRO.

CAÍN

Nada penetran los ojos

por esas tinieblas lóbregas;

mas ¿quién sabe lo que ocultan

en su obscuridad recóndita?

¿Adónde está ese muchacho?

(Al subir por las rocas, como buscando a Rodolfo ve la entrada de la cueva donde se oculta Pedro.)

Pero ¿qué tenemos? ¡Hola!

No conozco esta abertura,

y allá arriba hay una choza

metida entre los peñascos:

¿quién este desierto mora?

Ese rumor... Aquí hay gente

guarecida... Una pistola

meto dentro... ¡Eh! En esa gruta

quienquiera que esté responda,



o muero como un gazapo.

PEDRO  
¡Teneos, teneos!

CAÍN  
¡Hola!

¿Quién eres tú?

PEDRO  
¿Yo? Un perdido

a quien echaron las ondas

a estas riberas desiertas.

CAÍN  
¿De dónde eres?

PEDRO  
De Mallorca.

CAÍN  
¿Quién está contigo?

PEDRO  
Nadie.

CAÍN  
Pues qué, ¿el mar se tragó toda

la tripulación del barco

que montabas?

PEDRO

Más persona

no había dentro que yo.

CAÍN

Explícate, y sea con pocas

palabras si amas tu vida

y conservarla te importa.

PEDRO

Pues bien; yo hice en, mi país

unas cuantas de esas cosas

en que, contra gusto de uno,

cartas la justicia toma,

y no gustándome mucho

que de cerca me conozca,

así un bote a un pescador

y écheme a la mar traidora.

CAÍN

Y poco, diestro, sin duda...

PEDRO

En eso acaba mi historia.

CAÍN

¡Oh! Parece que eres hombre

capaz...

PEDRO

De cualquiera cosa.

CAÍN

Y ahora, ¿qué piensas hacerte?

PEDRO

Aguardar la suerte loca:

nada tengo que perder;

cuanto logre, pues, me sobra.

CAÍN

¿Tienes afición al mar?

PEDRO

No mucha, que es veleidosa

el agua, y se muda inquieta

según el viento que sopla.

CAÍN

Y si te vieras en tierra,

¿fueras hombre cuya boca

guardar supiera un secreto

y mandar una maniobra?

PEDRO

Sin duda.

CAÍN

¿Serías hombre

para acudir a la costa

en un día convenido

con una respuesta pronta?

PEDRO

¿Qué inconveniente tendría?

Nadie me sujeta ahora,

y al servicio de cualquiera

puedo entrar, si me acomoda.

CAÍN

¿Tienes talento y constancia

para armar una tramoya

y enredar una novela?

PEDRO

No habrá juglar que se ponga

tanto disfraz como yo

si usar de muchos importa.

CAÍN

Y si te ponen a prueba,

¿cantarás la palinodia?

PEDRO

Lo que está en mi corazón,

allí se pudre y se ahoga.

CAÍN

¿Y si con arpones de oro

te lo pescan?

PEDRO

Si en mi bolsa

hay una sola moneda,

en vano han de echarlos.

CAÍN

Toma;

para dos meses hay hartos:

al fin de ellos, a la costa

te acercarás de Marbella,

sabiendo cuántas personas,

cuántos bienes, cuántas rentas,

en fin, cuanto corresponda

a la familia de un conde

que a una expedición remota

salió de España.

PEDRO

¿Su nombre?

CAÍN

Cuanto a este negocio toca,

de mi bergantín a bordo

sabrás: te daré las notas

y documentos precisos

para cambiar tu persona

en la de otro hombre, que a bien

que no saldrá de las ondas

a desmentirte, y te haré

tomar tierra en cierta costa

adonde no ha de alcanzarte

la justicia de Mallorca.

¿Te acomoda?

PEDRO

Sí.

CAÍN

Está bien:

y si mis planes se logran,



tendrás tierras e hidalguía,

y aun puede que esclavos y honra.

(Hace Caín una señal con un pito que lleva colgado al cuello, y mientras aparece a esta señal Tomás, dice Pedro:)

PEDRO

Fortuna te dé Dios, hijo,

dice el refrán, y te sobra

lo demás. Esta mañana

mi esperanza era tan corta,

que no ocupaba extendida

el espacio de una ostra;

me estorbaba hasta mi nombre;

y al cabo de pocas horas,

tierra y mar tengo por mío,

represento tres personas,

dirijo grandes negocios

y espero hidalguía y honra.

¡Bah! Tiene razón quien dice

que este mundo es una bola,

y que la empuja el demonio

del lado que se le antoja.

Escena XI

CAÍN, PEDRO y TOMÁS

CAÍN

Ve aquí un nuevo compañero

que ha de venir con nosotros;

mas la alianza es secreta.

Cuando volvamos a bordo,

con nosotros ha de ir;

llévale, pues.

TOMÁS  
(A Pedro.)

Si capcioso

lazo me tiendes, te juro

que ves de la mar el fondo.

PEDRO  
Dime, ¿impiden tus asuntos

los que interesan a otro?

¿No puede un hombre de dos

ser agente de negocios?

TOMÁS  
Pues bien, ni tú me conoces

desde hoy, ni yo te conozco:

no haya palabra ni seña

en el buque entre nosotros;

sirvámonos mutuamente,

mas en secreto.

PEDRO

En un pozo

echaste el tuyo.

TOMÁS

Él conserva

tu cabeza entre tus hombros.

PEDRO

Juguemos limpio y vivamos.

TOMÁS

Eso mismo te propongo.

PEDRO

Y eso admito.

TOMÁS

Vamos, pues.

Caín gusta de estar solo.

Escena XII

CAÍN

Sí, si: fuera del mar se necesita

una morada incógnita y segura:

ya mi sed de vagar se debilita,

ya deseo quietud, calma y holgura.

Hoy un oculto espíritu me incita

otra vida anhelar y otra ventura.

Con el oro que tengo y con mi aliento,

¿a qué no puede osar mi pensamiento?

Buques tendré en el mar que me acarreen

espléndido botín; tendré en la tierra

viles esclavos que su vida empleen

mi reposo en velar; tendré en la sierra

monteros que a mi antojo me la ojeen,

y haré a los osos y a los ciervos guerra;

y en fin, con mi osadía y con mi plata,

más que cualquiera rey será el pirata.

(Elena asoma.)

Sí; tomaré ese nombre y esa historia:

dentro de mí se encerrarán dos seres,

ambos con gran poder, ambos con gloria:

y si hay alguien que pueda mis placeres

turbar, guardando de quién fuí memoria,

antes que ose traidor decir: «Tú eres...»

aunque tenga por medio una alpujarra

le cortará la voz mi cimitarra.

Escena XIII

ELENA y CAÍN

ELENA

No tan pronto será, que no te lance

tu ingratitud al rostro.

CAÍN

¡Dios! ¿Qué veo?

ELENA

Ni tan pronto será, que no te alcance

su suplicante voz.

CAÍN

¡Que sueño creo!

¡Oh! ¿Y es en realidad la misma Elena,

o es ilusión que engaña mis sentidos?

ELENA

No, no; de amor y de esperanza llena,

Elena es la que habla a tus oídos.

CAÍN

¿Quién te trajo a esta playa?

ELENA

El aire incierto,

la tempestad, el mar, tu mala estrella.

CAÍN

La tuya sí que te ofreció mal puerto,

pues que te trajo a dar conmigo en ella.

ELENA

¡Oh! No tan malo si a encontrarte acierto,

que largo tiempo rastree tu huella;

y navegué, segura de encontrarte,

sin más rumbo ni afán que el de buscarte.

CAÍN

(Con frialdad.)



Pues bien; heme aquí ya, di, ¿qué me quieres?

ELENA

¿Eso preguntas tú que me conoces?

¿No tienes corazón? ¿De mármol eres?

¿No te lo dice tu conciencia a voces?

Me amaste y te adoré; partí contigo

el placer y el dolor; en la montaña,

a los tuyos y a ti franqueé un abrigo...

¿Hallarme, si esto sabes, qué te extraña?

CAÍN

Y bien, ¿qué se te antoja? ¿Qué apeteces?

¿Oro? Rica serás. La tierra es tuya;

libre como las aves y los peces,

busca mansión, mas húyeme.

ELENA

¡Que huya,

hombre sin corazón! ¿Con tierra y oro

pagarás el amor que hay en el mío?

¡Quieres pagar con brezos un tesoro!

Mas tiembla.

CAÍN

(Con desprecio.)

¡Eh! De esa cólera me río.

ELENA

¿Te olvidas de que fuí tu compañera?

¿Que sé, desde el momento en que naciste,

tu historia toda entera?

¿Te olvidas que mi amor y mi esperanza

pueden tornarse en bárbara venganza,

tus crímenes contando por doquiera?

CAÍN

Cuéntalos en buen hora. ¿Qué hay en ellos

que no tenga su origen

en esas leyes que a los pueblos rigen,

y que dan a sus súbditos los reyes

sin preguntar si necesitan leyes?

Yo buscaba en Sicilia

mi pobre vida; en mi batel pasaba

una y otra vigilia,

y un pedazo de pan a mi familia

con mi sudor compraba.

Te amé, y viví feliz entre peligros

que siempre despreció; pero ¿qué hicieron

las leyes con nosotros? Remolcaron:

nuestro barquillo y en la mar lo hundieron

después, defraudadores nos llamaron,

por las peñas después nos persiguieron,

y al pobre que cogieron,

en los robles del monte la colgaron.

¿Qué pudimos hacer? Como nosotros,

nuestros padres también vivido habían;

no nos dejaron otros

oficios ni caudales, ni podían.

Cual fieras acosados,

de nuestro hogar lanzados,

sin amparo en la tierra,

la sociedad nos arrojó en su encono;

y salimos al mar a hacerla guerra,

y en él buscamos libertad y trono:

y desde entonces, sí, la tierra toda

nuestra enemiga fue, y la tierra ingrata

pagó tributo al vencedor pirata.

Tal es mi historia, y de lo que haya en ella

a la razón contrario,

no me culpen a mí, sino a mi estrella.

ELENA

Mas cuando al mar salías

por la primera vez, y a las bravías

olas del mar tu porvenir fiabas,

el solo ser de quien fiar podías,

en la ribera sin piedad dejabas.

CAÍN

(Con amargura.)

Y allí dejé también padres y hermanos;

cuanto pude querer quedó en Sicilia.

La sangre en que a teñir iba mis manos,

¿alcanzara a mi amor, a mi familia?

No: ¿cómo fuera el tigre carnicero

camarada del tímido cordero?

ELENA

La falta de poder, amor la abona:

sí, la mujer que osaba en la montaña

contra la ley abrirte su cabaña,

hubiera sido junto a ti leona.

CAÍN

Tú deliras, mujer. Sobre mi nave

sería tu presencia

de la muerte de entrambos la sentencia.

ELENA

Tu salvación, ¿quién sabe?

CAÍN

Ea, no hablemos más; he renunciado

a todo cuanto he sido,

ignoro mi pasado

y de mi porvenir tampoco cuido.

Mujer, no hablemos más, se me ha olvidado

si en tiempo más feliz te he conocido.

ELENA

¿Conque quiere decir que así inhumano...

CAÍN

Quiere decir que sé tu desventura,

mas no tendré la estúpida locura

de tenderte una mano.

Tu suerte en esta isla te dio puerto,

y no saldrás por mí de este desierto.

ELENA

Pues bien; sea en buen hora,

abandóname y huye, porque acaso

antes que raye la vecina aurora,

una nave velera



que a la tuya da caza,

en esa roca alcanzará una hoguera.

CAÍN

¡Ira de Dios! Y entonces.....

ELENA

Entonces..., lo que en ella aun no se sabe,

se sabrá..., sí, las señas, patria, nombre,

y la historia, por último, del hombre

que va en aquella nave.

CAÍN

Pues tú también la montarás conmigo,

pero el mar te abrirá tumba escondida.

ELENA

Yo no temo la mar; es mi destino

que respete mi vida

para abrir contra ti siempre el camino:

dos veces me tragó y me dio salida.

CAÍN

No me tientes, mujer. Calla, y no cierres

la suya a tu existencia,

a prueba tal poniendo mi paciencia.

ELENA

No hay medio, no; o amigo, o enemigo:

si aceptas la amistad, pronto partamos;

si enemistad, veamos;

el cielo y la razón están conmigo.

CAÍN

Pues bien; tu cielo y tu razón, si pueden,

contra mi fiera voluntad te ayuden.

(Pone mano a una pistola del cinto. Elena huye subiendo por los peñascos. El pirata espera a que llegue a lo alto, y apuntándola seguramente, hace fuego. Elena da un grito y cae del otro lado de las peñas, fuera de la vista del público.)

CAÍN

Veremos el favor que te conceden,

y en tu favor los cielos cómo acuden.

Escena XIV

CAÍN, TOMÁS, RODULFO y PEDRO

TOMÁS

¿Qué es esto?

CAÍN

Nada.

RODULFO

Padre, ¿y ese tiro?

CAÍN

Contad si de vosotros falta alguno.

RODULFO

Al revés; según veo, sobra uno.

CAÍN

Entonces, ¡vive Dios! sólo fue ruido.

Ya sabéis que aun en medio de las olas

no erró el plomo jamás de mis pistolas.

¿Y nuestra gente?

TOMÁS

Ya espera

en el bote con la carga.

CAÍN

Al agua, pues, que no es larga

la noche, como quisiera.

RODULFO

Antes, padre, de partir,

quisiera hablaros a solas.

CAÍN

Mi gente es sorda, y las olas

tus palabras no han de oír;

me lo dirás en el mar.

RODULFO

En el imposible toca;

lo que salga de mi boca,

en tierra se ha de quedar.

CAÍN

Rodulfo, el tiempo nos falta;

déjalo para después.

RODULFO

Capitán, imposible es.

CAÍN

Pues en la verga más alta

sobre una cuerda, y... ¡cuidado

con ocuparla!

RODULFO

Ese extremo

de vuestra crueldad no temo,

que estoy bien determinado.

Acordaos de una tarde

en que debisteis la vida

a que recibí esta herida,

(La muestra.)

que os destinaba un cobarde.

Entonces me concedisteis

lo primero que os pidiera,

y ésta es la ocasión primera;

cumplid lo que prometisteis.

En tierra os tengo de hablar,

o mirad lo que escogéis;

prefiero que me matéis

a volver con vos al mar.

CAÍN

(A Tomás.)

Tomás, si llego a entender

que fue tu lengua atrevida,

puedes rezar por tu vida.

TOMÁS

Lo haré así, si es menester.

CAÍN

Pues ve a esperar tu sentencia.

Escena XV

CAÍN, y RODULFO

CAÍN

(A Rodulfo.)

Empieza tú, que ya escucho,

pero no te alargues mucho,

que tengo poca paciencia.

RODULFO

Lo que tengo que decir

no os causará largo afán;

se reduce, capitán,

a que no quiero seguiros.

CAÍN

Qué, ¿tienes miedo a los peces,

o es que la gente que tengo

no te acomoda? Convengo

en que algo ruda es a veces.

Mas ¿qué lo quieres hacer?

No se puede un bando echar

para que vengan al mar

piratas donde escoger.

Y a más, no encuentro motivo,

porque siendo mi hijo tú,



quien te ofenda ¡Belcebú

me lleve si queda vivo!

RODULFO

Padre, os lo dije, no quiero

vivir más en una nave

cuyo capitán no sabe

cuál bandera usar primero.

CAÍN

Y ¿no es fortuna, en verdad,

por entre el mundo enemigo

poder arrastrar consigo

su mundo y su libertad?

¿Qué califa te da leyes?

¿Quién puso a mi barco nombre?

¿Quién dijo: mandan a ese hombre

esos o los otros reyes?

Todos los mares visito,

y siempre por mi valor,

en todos, como señor,

tomo lo que necesito.

Y si hay razón para dar

a un hombre un reino en la tierra,

¿por qué no ha de hacerse guerra

por el imperio del mar?

**RODULFO**

Es otro mi pensamiento,

padre.

CAÍN

Y ¿adónde has de ir

que no tengas que decir

tu nombre y tu nacimiento?

¿Piensas que ha de darte plata

y fortuna tu conciencia?

RODULFO

Y qué, ¿no hay otra existencia

que valga la del pirata?

Vos, ceñidas las pistolas

para dormir y velar,

no hacéis más que cavilar

vuestros secretos a solas.

No lleváis jamás con vos

ni otro hermano, ni otro amigo;

el mar es vuestro testigo,

y la suerte vuestro Dios.

La fuerza es la única ley

que en el barco se respeta;

y si esa ley os sujeta,

¿de qué os vale ser el rey?

República del más fuerte,

porque otro no os avasalle,

no hay más medio que aplicalle

una sentencia de muerte.

Una queja suelta apenas

de los labios, basta a veces

para llamar a los peces

colgado de las antenas.

¿Eso es vida? ¿Eso es fortuna?

¿Qué vale tanto botín,

si para gastarlo al fin

no llega ocasión alguna?

Y por último, señor,

o en tierra me abandonáis,

o lo que de amor no hagáis,

yo lo he de hacer de furor.

A la mar me arrojaré.

CAÍN

Hola, y el mozo está lleno

de bríos, y de algo bueno

será capaz.

RODULFO

Sí seré,

y así, capitán, lo espero;

mas pues cada cual se fragua

su suerte, cual vos en agua,

en tierra la mía quiero.

CAÍN

Y desde hoy te quiero más,

que mozo con tanto brío,

que hacer dará al lado mío

aun al mismo Satanás.

Conque vaya, echa adelante,

que en la primera ocasión,

dónde gastar un doblón

no ha de faltar a un tunante.

**RODULFO**

Padre, un paso no daré,

ya os lo dije. Y que no ha habido

nadie que os haya pedido

lo que yo, también lo sé.

Pero en vano me acosáis;

con vuestra gente no puedo,

y en esta isla me quedo,

o en esta isla me matáis.

CAÍN

¡Ira de Dios! Cosas tales

están pasando por mí,

que estoy por saciar en ti

todo el furor de mis males.

RODULFO

Hacedlo si se os antoja,

y acabad los míos hoy,

porque vuestra sangre soy,

y os juro que me sonroja.

Tener padre, y padre tal

sin patria y sin religión,



está con mi corazón

aviniéndose muy mal.

CAÍN

¡Víbora de sangre ingrata,

¿así pagas ¡pese a mí!

la existencia que te di?

RODULFO

(Con desprecio.)

¡Con el nombre de un pirata!

CAÍN

(Con brío.)

Con su nombre y su poder,

con su oro y su libertad.

RODULFO

Y una horca en la ciudad

donde irlo todo a perder.

CAÍN

¡Voto a...! Mas dejemos eso,

porque siento que si dura,

me va a faltar la cordura...,

y el amor que te profeso

no ha de poderme tener:

y pues tan claro me anuncias

que a mis favores renuncias,

tú solo lo has de perder.

Acércate acá, rapaz,

y escucha lo que te digo,

que soy tu padre, y tu amigo

aunque eres algo tenaz.

Lléveme el diablo si atino

qué afán tienes en largarte

a tierra, mas por mi parte,

busca en ella tu destino.

Mas oye: si otro que tú

tal intento me propone,

hoy mismo en marcha se pone

a cenar con Belcebú.

Te haré parte en el botín:

vive, y en ninguna parte

vuelvas, Rodulfo, a acordarte

de tu capitán Caín.

¡Aquí la gente...

RODULFO

Señor,

pues parto, y largo quizás...

CAÍN

Muchacho, no hables ya más,

que no eres predicador.

Escena XVI

CAÍN, RODULFO y LOS PIRATAS

CAÍN

Oid: habida atención

a lo bien que se ha batido,

la vida le he concedido

a este mozo, a condición

de que aquí se ha de quedar,

en donde nadie reside;

y que si otro me lo pide,

le echo por respuesta al mar.

¿Lo oís? ¡Ea pues, al bote!

(Dispérsanse todos.)

(A Rodulfo.)

Toma ese oro que te toca.

(A los suyos.)

y el que descosa la boca,

está mal con su cogote.

¿Tomás?

Escena XVII

CAÍN, RODULFO y TOMÁS

CAÍN

(A Tomás.)

Te has portado bien;

y pues de todo ignorante

va, sea libre y que medre,

que hombre es, y la tierra grande.

**TOMÁS**

(Si un día me ayuda el cielo,

¡vive Dios que ha de pesarte!)

**CAÍN**

(Ya no hay nadie que me venda,

que hablen los muertos no es fácil.)

Conque al agua. Adiós, muchacho.

**TOMÁS**

Rodulfo, que Dios te ampare.

**RODULFO**

¿Así se olvida de un hijo?

Tomás, bien hago en dejarle.

Escena XVIII

(Los piratas y Pedro entran en el bote y desaparecen. A poco el bergantín pirata tiende velas y sigue su rumbo. Rodolfo queda en la playa viéndolo partir.)

RODULFO

Heme aquí solo, ¡ay de mí!

pero estar solo más vale

que en la odiosa compañía

de esos corsarios infames.

Mas no pensemos en ello;

Dios, que los secretos sabe

del corazón de los hombres,

no querrá desampararme.

Aquí hay pólvora, y un arma;

en aquestos peñascales

voy a encender una hoguera

por si algún buque al alcance

pasa de esta isla, que entienda

que implora su auxilio alguien.

(Mete unas hojas en la cazoleta de una pistola, y al fogonazo las enciende, levantando a poco llama que alimenta con brezos, etc.)

Y aquí me siento a espiar

la inmensidad de los mares,

y a esperar a que sus ondas

me den camino o me traguen.

Llama en que arde mi esperanza,

dura, dura, y no te apagues,

y cual te doy yo alimento,

fuerza y esperanza dame.



ELENA  
(Dentro.)

¡Ay!

RODULFO  
¡Qué voz! De ese desierto,

¿quién puede ser habitante?

Ilusión mía, sin duda:

no, entre aquellos matorrales

oigo rumor, algo veo

que se agita en su ramaje.

¿Quién va allá?

ELENA  
(Dentro.)

Quienquier que seas,

por el cielo santo ampárame.

RODULFO

¿Dónde estás?

ELENA

Estoy acaso

de la vida en los umbrales,

RODULFO

Aguarda a ese precipicio

que busque por dónde baje.

(Desaparece por detrás de las peñas, y vuelve con Elena.)

Escena XIX

RODULFO y ELENA

ELENA

No puedo ya más, detente,

déjame aquí que descanse.

RODULFO

Recóbrate y di qué puedo

hacer por ti. ¡Cielos! ¡Sangre!

¡Oh, sí, sí, comprendo ahora

el pistoletazo de antes!

ELENA

¡Ay! Las fuerzas me abandonan.

¡Fallezco!

RODULFO

¡Ah, no, no; aun late

su corazón, late el pulso!

(Un buque pasa a lo lejos.)

¡Santos del cielo, una nave!

¿Si distinguirán mi hoguera?

(El buque sigue cruzando.)

Pasa..., sí; ¡todo es en balde!

¡Ah! Probemos.

(Tira un pistoletazo.)

Pasa: ¡inútil!

El ruido sofoca el aire,

no hay esperanza ninguna.

(El buque tira un cañonazo.)

¡Gracias, Dios mío, Dios grande!

Por aquí llega una lancha:

¡ea, corazón, ensánchate,

la suerte te da la mano,

y un nuevo mundo se te abre!

(Llega el bote con marineros.)

Escena XX

RODULFO, ELENA y DOS MARINEROS

MARINERO

Es un pirata.

RODULFO

Ellos fueron

quien, en esta isla dejándome,

a morir me condenaron.

MARINERO  
Sí, es de ellos.

RODULFO  
Amigos, padre,

cuanto amé les abandono

por no seguirles.

MARINERO  
Y ¿qué hace

ahí esa mujer? ¿Quién es?

RODULFO  
Víctima de sus maldades.

MARINERO  
¿Vive?

RODULFO  
Sí.

MARINERO  
Venga a la lancha.

RODULFO  
Gracias.

(Ponen en el bote a Elena.)

MARINERO  
Remar, y adelante.

(Entra Rodulfo en el bote y se alejan remando.)

Un año y un día

PERSONAJES  
ACTORES

El Conde Reinaldo  
Sr. López

Don Juan  
Sr. Latorre

Don Pedro  
Sr. Pizarroso

Isabel  
Sra. Valero

Elena (mujer con manto en el acto primero)  
Sra. Lamadrid

Clara  
Sra. Lapuerta

Juan

Sr. Eusebi

Gil  
Sr. Azcona

Tomás  
Sr. Lumbreras

Un Capitán de guardacostas  
Sr. Sánchez

Un soldado (marinero en el prólogo)  
Sr. Espontoni

La escena en Lubrín, pueblecillo cercano a la costa y al valle de Purchena, en Andalucía.

Acto primero

Habitación amueblada al gusto del siglo XVII. Puerta en el fondo y otra a la derecha. A la izquierda otra secreta y una ventana. Un reloj que marca el tiempo, y apunta las doce menos veinte minutos. Nada de lujo.

Escena primera

DON PEDRO  
La media ha dado..., ya tarda,

y si se pasa la hora...

¡Ah! Ni vivo ni sosiego

hasta ver cómo se logran

mis planes, y cómo salgo

de tan infernal tramoya.

Sí, sí; fuerza es dar un brinco

antes que el velo se rompa

y el tiempo aclare los hechos;

mas aun no parece... ¡Hola!

Oigo ruido en la escalera:

él es..., él es...: ¡arda Troya!

(Va hacia la puerta a recibir al Conde, que llega vestido con lujo.)

Escena II

DON PEDRO y EL CONDE

CONDE

Dios sea contigo, Pedro.

DON PEDRO

Bien venido, Conde.



CONDE

¿Es hora?

DON PEDRO

Para nuestra cita, la única;

temprano para la otra.

CONDE

¿A qué hora se cumple el plazo?

DON PEDRO

A las doce en punto.

CONDE

¿Todas

mis órdenes se han cumplido?

DON PEDRO

Sí, señor Conde.

CONDE

¿Está pronta

la moziganga de escribas

y el aparato de boda?

DON PEDRO

Nada falta.

CONDE

Vamos, pues,

a tratar de lo que importa.

¿Vendrá el capitán?

DON PEDRO

Vendrá.

Su última carta amorosa

se reduce a asegurar

a la muchacha su próxima

vuelta; ya sabéis que yo

se las intercepto todas.

CONDE

Y ¿qué fecha tiene la última?

DON PEDRO

Si la cuenta no equivoca

mi aritmética, es hoy mismo

cuando llega, y esta sola

circunstancia me obligaba

a esperaros con zozobra.

CONDE

Desecha todo temor:

gente leal y briosa

he apostado por doquiera,

que por todo el valle ronda.

¡Oh! Aunque vuelva el capitán,

llegará tarde.

DON PEDRO

En buen hora.

Y de la mar, ¿qué tenemos?

CONDE

Todo va a pedir de boca:

un día de éstos mi barco

vendrá a fondear en la costa.

DON PEDRO

Y de aquel hombre, ¿hay noticias

exactas?

CONDE

Su mano propia

fue quien escribió la carta

en que me anuncia tal cosa.

Pero ¿te alarma esta nueva?

DON PEDRO

A mí, ¿por qué?

CONDE

Tu faz toma

mal color. ¿Te sientes malo?

DON PEDRO

No, ¡por Dios! ¡Vaya! ¡Es graciosa

la aprensión! Seguid, seguid.

¿Qué puede haber en mi contra

en la vuelta de un marino

que vuestra privanza goza?

¿No es un amigo leal

que nos sirve y nos apoya?

CONDE

Tienes razón.

DON PEDRO

Vaya, hablemos

de nosotros mismos.

CONDE

¡Oiga!

¿No olvidaste...

DON PEDRO

No, por cierto:

cada uno atiende a su propia

conveniencia, y para ella

tengo yo buena memoria.

CONDE

Sea, pues; tiempo es de echar

esta máscara enfadosa,

y mostrar uno cuál es

su pensar y su persona.

Un año entero aguardé

por no dar una sonora

campanada, que se oyera

diez leguas a la redonda.

Tres años ha estoy aquí,

metido como una zorra

en ese negro castillo,

sin que nadie me conozca

ni me vea cara a cara;

mas no será desde ahora

lo mismo, porque ya me hallo

con poderes que me sobran.

Si se harta de mí esta tierra,

o a mí la tierra me enoja,

en la mar tengo mi barco,

y allí mi fortuna próspera.

Como he comprado este valle

de España, si se me antoja

iré a comprar todo un puerto

en otra playa remota.

DON PEDRO

Sí; pero estáis, señor Conde,

en Purchena por ahora:

y está tan cerca Granada,

y es esta gente tan tosca,

que si prudentes no andamos,

el pan nos cuesta una torta.

El plazo está al concluir;



una escena escandalosa

no conviene en modo alguno;

en este plazo no hay prórroga:

o el capitán viene o no;

si retardarle se logra,

vuestra es Isabel...; mas falta...

CONDE

Entiendo; tapar la boca...

DON PEDRO

No, estimar el sacrificio

de su voluntad; os odia,

y sin embargo se entrega

resignada vuestra esposa

si no vuelve el capitán;

y esta abnegación no es poca.

CONDE

Y bien, ¿en cuánto se aprecia?

DON PEDRO

No se aprecia, que se dora;

y doradas, muy distintas

parecen todas las cosas.

CONDE

Mi palabra es como el sol,

fija.

DON PEDRO

Pues tenéis esposa.

¿Y el capitán?...

CONDE

Cumple tú,

que yo haré lo que me toca.

DON PEDRO

Pues salid, que la oigo ya.

Y, señor Conde, ya os consta

que fue condición no veros

hasta el plazo.

CONDE

Y bien gustosa

puede estar de mi obediencia.

Adiós, pues. (Como yo coja

la muchacha, ya irás tú

donde el secreto no te oigan.)

(Vase.)

Escena III

DON PEDRO

Como la venta sea buena,

y yo a caballo me ponga,

aunque tenga más prosapia

que la dinastía goda.

¡Oh! Y salga por donde quiera,

porque despacio mirándolo.

el demonio va enredándolo

de muy extraña manera.

Y si antes que me eche fuera

viene el otro a darme un susto...

No, no; ese hombre está en lo justo,

me libra de ese cuidado

y él se queda muy holgado

saliéndose con su gusto.

Escena IV

DON PEDRO e ISABEL

ISABEL

¡Ay, padre, sin vida estoy!

DON PEDRO

No hay ya remedio, Isabel

ISABEL

Y ha un año que no sé de él.

DON PEDRO

Y el plazo se cumple hoy;

tú misma lo propusiste,

y no has de volverte atrás.

ISABEL

No me imaginé jamás

un desengaño tan triste.

¡Un año entero! ¡ay de mí!

sin ver una letra suya!

Yo no sé, padre, qué arguya:

¡me olvidó!

DON PEDRO

Creo que sí.

ISABEL

¡Sí decís! Tal vez por cierto

lo dais... Acabad, señor,

que no es posible a mi amor

vivir otro día incierto.

Hoy este plazo concluye:

si al fin él no ha de volver,

mejor quisiera saber

que me aborrece y me huye.

DON PEDRO

¿Qué otra cosa imaginarse?

Tan amante y tan resuelto

al partir, y ni aun ha vuelto

con una carta a anunciarse.

Si no te olvidó inconstante

al verse lejos de ti,

sospecho que murió allí

en guerra y país distante.

De cualquier modo, Isabel,

don Juan, inconstante o muerto,

pues ni aun escribe, es lo cierto

que nada hay que esperar de él.

ISABEL

Pero si suerte fatal

se lo impidiera, y me amara,

¡por quien soy, que le esperara!

DON PEDRO

¡Isabel, no hicieras tal!

No, yo no tengo, hija mía,

de ese hombre noticias ciertas,

mas considera, y lo aciertas,

que hoy es de tu boda el día.

Ni yo propondré más plazos,

ni los admitiera el Conde;

al que llegue corresponde

tu amor.

ISABEL

Pero ¿y si a mis brazos



llegan a un tiempo los dos?

DON PEDRO

Los dos se lo arreglarán;

aunque, a fe, que no serán

tan exactos, ¡vive Dios!

ISABEL

¡Ay, padre que puede más;

el vuestro en vos que mi empeño,

y estoy ahora en vuestro ceño

viendo mi suerte quizás.

DON PEDRO

Isabel, ¿te has vuelto loca?

ISABEL

Mejor lo quisiera estar,

señor, para no arrostrar

la suerte cruel que me toca.

Él es pobre y es soldado,

el Conde es rico y es noble,

y esto hace que el mal se doble

contra el otro desdichado.

DON PEDRO

Y ¿acaso crees, hija ingrata,

que te tuviera en tan poco,

que así te cambiara loco

por un puñado de plata?

ISABEL

Yo nada creo, señor.

DON PEDRO

¿O piensas que el Conde fuera?...

ISABEL

Padre, el Conde es una fiera,

y cualquier otro es mejor.

El vulgo, el tigre le llama,

y caverna a su palacio:

considerad con despacio

si esposo con esa fama

conviene a mujer alguna,

DON PEDRO

Entre ambos has elegido,

y uno ha de ser tu marido;

válgate, pues, tu fortuna.

ISABEL

(De rodillas.)

¡Padre, por piedad

DON PEDRO

Aparta.

ISABEL

¡No, no podéis en conciencia

fulminar una sentencia

tan cruel!

DON PEDRO

    Mi paciencia es harta

para tu llanto, Isabel,

y sea afición, sea capricho,

si antes llega, ya está dicho,

tu marido ha de ser él.

Tu padre soy, y solemne

palabra a entrambos les di,

y aunque ella te pese a ti,

mi palabra está perenne.

ISABEL

¡Ay, padre! ¿Y toda la vida

seré, de quien odio presa,

por una fatal promesa?

DON PEDRO

Que hoy ha de quedar cumplida:

con ese reloj consulta,

que desde aquí al mediodía,

hay un cuarto todavía;

mira bien lo que resulta.

(Vase.)

Escena V

ISABEL

Un cuarto falta, ¡ay de mí!

y si fe don Juan me guarda,

solamente porque tarda,

¿habrá de perderme así?

Él, tan noble y tan honrado,

si es que su amor alimenta,

¿no vendrá a pedirme cuenta

del amor que me ha dejado?

Mas ¿si no viene don Juan,

si sin que nada lo impida

del plazo antiguo se olvida

cual sus promesas lo están?

Entonces..., saben los cielos

que le aguardaré también

mientras incompletos estén

con mi plazo mis recelos.

Y a ser cierto... ¡Ay de mí, triste!

Ni a imaginarlo me atrevo,

que a este desengaño nuevo

mi corazón se resiste.

¡Ni una carta en todo un año!

Mas ¿él no pudo escribir,

y otro sus cartas abrir

interesado en mi daño?

¡Mi padre! ¡Tal vez atino!

Y acaso todos los días,

que han fingido cartas mías

para engañarle, imagino.

¡Ay, si él me pudiera oír!

¡Si a sus oídos llegara

mi voz, y le recordara

que el plazo se va a cumplir!

¡Si él engañado y yo ciega,

y amándonos todavía,

pasa el año y pasa el día

y yo aguardo y él no llega!

¡Ay! Y él mismo me advirtió

que si por muerto le daban



del plazo antes, me engañaban;

sin duda que sospechó.

¡Oh, desdichado don Juan,

si te dicen que inconstante

te he olvidado un solo instante,

juro a Dios que mentirán!

Sí, sí; los oídos cierra

a tan pérfida ficción,

que sólo mi corazón

tu amor y tu nombre encierra.

Diez minutos... ¡Ah!... ¡Deliro!

(Mira al reloj.)

A cada instante que pasa,

mi esperanza es más escasa,

y porque pase suspiro.

(Dirigiéndose al reloj.)

Y tú, máquina infernal,

que con monótona lengua

me adviertes lo que se mengua

cada minuto fatal,

cesa, por Dios, de correr,

un día en tu curso cesa;

da otro día a mi promesa...

Mas ¡ay! si no ha de volver,

si él inconstante me olvida

y de ese monstruo en los brazos...

¡No..., no; primero a pedazos

me habrán de arrancar la vida!

Escena VI

EL CONDE e ISABEL

ISABEL  
(Al ver al Conde.)

¡Ah!

CONDE  
No sé qué os extrañáis,

Isabel de mi venida,

pues mi ausencia está cumplida,

y vos al reloj miráis

ISABEL  
Es, señor Conde, que advierto

que antes del plazo venís.

CONDE

¿De que faltan me advertís

unos minutos? Es cierto.

Veo que tenéis memoria

y que no habéis olvidado

un punto de lo pactado;

es verdad, es nuestra historia.

Mas juré volver también

a las doce de este día;

si no han dado todavía,

aguardaré hasta que den.

(Se sienta.)

Conque no os paséis afán,

porque cualquiera conoce

que si no han dado las doce

y el reloj suena, darán.

ISABEL

Señor Conde, a lo que creo,

volvisteis con intención

de insultarme en mi aflicción.

CONDE

¡Por Dios, que insulto no veo

en cumpliros mi promesa,

que, aunque un poco anticipada,

seis minutos no son nada

cuando un año se interesa!

ISABEL

Sí, pero debéis saber

que entra en la lista un tercero,

y en seis minutos no infiero

que no pueda aparecer.

CONDE

En verdad, que si estuviera,

señora, en ese pasillo,

que llegara era sencillo

con pocos pasos que diera.

Mas como yo para mí,

salvo error, tengo por cierto

que no vuelve ningún muerto,

aunque lo prometa así...

ISABEL  
¡Qué decís!

CONDE  
Yo nada digo.

ISABEL  
¡Qué!... ¡Don Juan...

CONDE  
Con honra y prez

alcanzó a don Juan su vez

en un balazo enemigo.

ISABEL  
Y ¿a tal momento venís

con tan infausta noticia?

¿No veis que arguye malicia?

CONDE  
Hasta hoy se ignoró.

ISABEL  
¡Mentís!

CONDE

¿Miento? Leed y pensad

que sobre esa firma deja

lo que tener aconseja

por su postrer voluntad.

(La da una carta.)

ISABEL

¡Mentís!

CONDE

Y de ello testigo,

nos la ha traído un soldado

que fue en el campo lisiado

con él, y fue muy su amigo.

ISABEL

¡Mentís!

CONDE

Tomad el papel.



ISABEL

¡Es la letra de don Juan!

CONDE

Ya veis que os fue el capitán

hasta morir siempre fiel.

ISABEL

(Lee.)

«En vano fue, Isabel mía,

mi fortuna y mi valor,

que acabo aquí con mi amor

antes del año y el día.

Y pues por suerte fatal

no he de cumplir mi promesa,

adiós; sé que te interesa

casarte con mi rival.»

Si fuera cierto...

CONDE

Yo sé

que tras de aqueste pesar,

no os debiera recordar

ni mi razón ni mi fe;

que esperé un año y un día

como lo habíais propuesto,

ni que del lance funesto

sabedor, a ello venía.

Con vuestro padre de acuerdo,

vengo a deciros, señora,

que pues esta casa ahora

no es más que un triste recuerdo

que os prensará el corazón,

que os vengáis a mi palacio,

donde habréis con el espacio

de templar vuestra aflicción.

Galas, fiestas ni placer

allí no os han de faltar,

y así os podéis consolar,

pues hay tiempo y sois mujer.

ISABEL

¿Yo con vos el mismo techo

tengo, Conde, de partir?

CONDE

Y aun en mi cuarto vivir,

si el vuestro os parece estrecho.

Conque vamos.

ISABEL

Apartad:

señor Conde, esta es mi casa,

y de lo admirable pasa

(Ironía.)

vuestra noble caridad.

Si estos objetos que adoro

no consuelan mi dolor,

tan sólo le harán mayor

vuestros artesones de oro.

Y si os prometí mi mano

pasado un año y un día,

fue sólo porque quería

dar tiempo a don Juan; y en vano

alucinarme pensáis

con fábulas que no creo,

señor Conde, porque os veo

las cartas con que jugáis.

CONDE

¿Desconocéis, pues, su letra?

ISABEL

Conozco a don Juan mejor,

y una mujer con amor

aun imposibles penetra.

Si él escribió este papel

o no, yo lo ignoro, Conde;

mas tampoco se me esconde

la razón y origen de él.

CONDE

¿Es decir que no creéis

lo que esa carta os anuncia,

y aunque él a su amor renuncia,

vos renunciar no queréis?

ISABEL

¿Él, tan amante y tan fiero,

renunciar mi amor por vos...

y al morir? Soñáis, ¡por Dios!

Se condenara primero.

Ya os conocía al partir,

pues me aconsejó por suerte

que no creyera en su muerte

el plazo antes de cumplir.

CONDE

Pues mirad ese reloj

y pensad lo que os conviene,

porque don Juan ya no viene,

basta que os lo diga yo.

ISABEL

¡Monstruo! ¡Habéis comprado acaso

su sangre!

CONDE

Aun no lo pensé;

mas como obréis, obraré;

conque no deis un mal paso.

ISABEL

¡Hombre vil!, ¿para qué plazos

infamemente poner,

si los habías de hacer

con mi corazón pedazos?

CONDE

Y oídme, en fin, Isabel,

porque esta historia, aunque corta,

mucho saberla os importa,

cuando no por vos, por él.

Yo soy... quien soy; ahora un conde

rico, tenaz, iracundo,



que aprendí un poco de mundo

no importa saber en dónde.

Tengo un repleto tesoro,

independencia y poder,

mas fáltame una mujer

que me ayude a gastar oro.

Yo, que he pasado mi vida

allá en larga soledad,

no quise en la sociedad

agenciarme una querida.

Porque un hombre como yo

que fue un valiente y no más,

es algo brusco quizás

para enamorar...; y no

quise comenzar tampoco

por hablar de mi bolsillo,

que obrara como un chiquillo,

y me avergonzara un loco.

En tal situación os vi,

y como yo en mi futura

sólo buscaba hermosura,

me dije, pues: «Ya está aquí.»

Os pretendí en toda forma,

os negasteis, cavilé,

inquirí y averigüé,

y al cabo di con la horma

de mi zapato: era un mozo

militar, que estaba ausente;

yo os abordé, y vos valiente

resististeis que fue gozo.

Al fin porque no venía,

sin dar a torcer el brazo

me señalasteis un plazo

fatal de un año y un día.

Esperé el día y el año,

mas no con descuido tal,

que al fin viniera fatal

tras el tiempo, el desengaño.

Yo a ese don Juan nunca vi,

pues no estaba en mi papel

el acercarme yo a él

sin que él se viniera a mí.

Vuestro padre, que primero

os dejó vuestro albedrío,

fue después amigo mío,

y encontró en mí un caballero.

Prometióme vuestra mano

si el plazo fuere cumplido,

y está todo prevenido

con cura y con escribano.

Ahora bien, Dios me es testigo

de que si voy desairado,

vuelva o no vuelva el soldado

por fuerza os casáis conmigo.

Luego, vuelva enhorabuena,

que puesto yo en alta mar,

con cualquier viento sé andar

día y noche a vela llena.

Conque elegid.

ISABEL

¡Dios eterno!

¿qué hombre es éste cuyo antojo

atropella vuestro enojo

y se ríe del averno?

CONDE

Mirad que a escoger os di,

y basta de vituperios,

porque todos los misterios

se acabaron para mí.

Yo os amo, y la resistencia

que habéis dado en oponerme

no hace más que convencerme

de que basta de paciencia.

ISABEL  
(A la ventana.)

¡Oh! Vuelve, vuelve, don Juan;

morir prefiero contigo

a tenerle por amigo.

CONDE  
Es inútil vuestro afán.

Ved mi gente a vuestra puerta.

¿Creéis que si a ella llegara,

con vida el dintel pasara?

ISABEL  
¡Virgen Santa, yo estoy muerta!

Allí esperándole están;

los tuyos son, tigre astuto...

CONDE  
Mirad que falta un minuto,

y es la suerte de don Juan.

ISABEL  
¿Conque aun vive?

CONDE  
Y ¿qué sé yo?

ISABEL  
Lo has dicho.

CONDE  
No insistas más,

que no has de verle jamás

mientras que yo viva, no.

Yo estoy mal acostumbrado

a haber cuanto necesito;

lo que no me dan, lo quito,

y así nada me ha faltado.

Tras un año de esperar,



¿crees tú que te he de perder?

No, tú serás mi mujer.

ISABEL

Primero me has de matar.

CONDE

Eso no suele efectuarse

aunque se suele decir,

que entre casarse y morir,

siempre vale más casarse.

ISABEL

¡Oh! Sí, sí, razón tenéis;

olvidad lo que os he dicho,

mas en vos es un capricho

mi amor, porque los tenéis

vosotros los grandes, sí,

y os fingís en vuestro orgullo

que el vulgo alzará murmullo

si desistís; ¿no es así?

Mas mejor vuestra grandeza

y justicia acreditáis

cuando razón otorgáis

si os la exponen con nobleza.

Ved mis lágrimas, señor:

yo, en este valle escondida,

no vi ni tuve en mi vida

ni otro don Juan ni otro amor.

Él fue mi sola esperanza,

en él cifré mi ventura,

por él amé la hermosura

que acaso mi rostro alcanza.

Yo soy sólo una mujer

que por mí no puedo nada:

mi pasión fue desdichada;

pero, señor, ¿qué he de hacer?

Él no tiene más que a mí

a quien amar en la tierra,

y toda, señor, se encierra

la dicha de ambos aquí.

Si os dije que moriría,

mentí, Conde, estaba loca;

lo que decía mi boca,

mi corazón no sabía.

Volvedme a don Juan, señor,

que al fin a vuestros placeres

no os han de faltar mujeres

que os puedan vender su amor.

CONDE

Hechiceras ¡vive Dios!

son vuestras frases, y a fe

que elección soberbia fue

la que hizo don Juan en vos.

ISABEL

¿Eso decís? ¿Conque bien

puedo esperar que don Juan...

(Se oyen muy a lo lejos las doce en un reloj de torre.)

CONDE

Escucha: las doce dan.

Si él te quiere, yo también.

ISABEL

¡Ay de mí!

(El Conde pronuncia sus últimas palabras señalando a la puerta, por donde asoma en este momento D. Pedro con el acompañamiento de boda. Isabel se desmaya.)

Escena VII

(Toman a ISABEL en la silla, donde ha caído, la cubren con un velo y la sacan de la escena, siguiéndola todos. EL CONDE y D. PEDRO, que salen los últimos, se encuentran en la puerta.)

CONDE

¿Estás contento de mí?

DON PEDRO

Sí.

CONDE

¿Está abajo mi litera?

DON PEDRO

Todo está, y abajo espera.

Y vos, ¿vais contento?

CONDE

Sí.

(Don Pedro va a la puerta de la derecha a llamar a Gil. El Conde le espía y llama a Juan desde la puerta del fondo. Aparecen dos criados que atienden a cada uno de los dos.)

DON PEDRO

Gil...

GIL

Señor...

DON PEDRO

(Aparte a Gil.)

El potro negro

ensilla al anochecer,

CONDE

Juan...

JUAN

Señor...

CONDE

(Aparte a Juan.)

No hay que perder

de vista un punto a mi suegro.

(A estos últimos versos empiezan a dar las doce en el reloj que habrá en la escena, durante cuyo espacio el teatro quedará solo. A la última campanada entra don Juan por una puerta lateral, y mirando al reloj se sienta satisfecho.)

Escena VIII

DON JUAN

Llego a tiempo todavía:

las doce acaban de dar,

y hoy cumple el año y el día:

¡la acierto, por vida mía,

si me llego a descuidar!

(Se sienta.)

Pero ¡qué piense no sé!

En este cuarto es la cita

y a nadie llegar se ve;

no parece, por mi fe,

que se aguarda mi visita.

¿Si con el tiempo y la ausencia

se habrá mudado Isabel?

No escribirme fue prudencia;

no aguardarme, indiferencia

sería, y fortuna cruel.

Pero delirando estoy:

en mis cartas la decía

siempre que vendría hoy,

mas si no olvidó quién soy,

la hora adivinar podía.



Mas ¿si no las recibió?

¿Si fue cierta la noticia

que de su padre... Eso no;

ni puedo entenderlo yo,

ni hay tal padre, y fue malicia

del vulgo murmurador.

Y a más, ¿qué conseguiría?

Un escándalo mayor,

que a hacer mi razón mejor

tan sólo conspiraría.

¡Eh! Temores de soldado,

que a dudar acostumbrado

sin cesar del enemigo,

hasta duda del amigo

y la mujer que ha adorado.

¡Isabel! Mi bien, mi cielo,

ya estoy junto a ti otra vez,

rico, honrado, y no hay recelo

de que si a tu amor anhelo

vuelvan a hollar mi altivez.

No hay medio que me despida,

padre o rival, rico o noble,

y a ti acercarme me impida

a quien yo cuenta no pida

de esta injuria o se la doble.

¡Oh! ¡Dichoso este momento

con que viví todo un año!

No tuve otro pensamiento,

ni otra esperanza alimento,

a toda ventura extraño.

Allá en país enemigo,

lanzado en guerra cruel,

sólo he tenido conmigo

a mi Dios para testigo,

y para premio a Isabel.

Lidió, derroté, vencí;

sangre y lauros son mi huella;

honréme y enriquecí,

mas ¡vive Dios! no por mí,

yo nada quiero sin ella.

Mas alguien llega, sin duda.

¡Dios mío, prestadme ayuda!

Tiempo y lugar convenido,

fuerza es que, el plazo cumplido,

alguno a la cita acuda.

Los pasos son de mujer:

¡con qué inquietud los escucho!

¿Si será...? Y ¿quién ha de ser?

¡Oh!... Para esperado es mucho

tanto tiempo este placer.

(Va a salir con curiosidad y se encuentra con Clara.)

Escena IX

DON JUAN y CLARA

CLARA

¡Santo Dios! ¡Un hombre aquí!

DON JUAN

¡No es ella!

CLARA

¿Quién sois? ¿Qué hacéis?

¿Por dó entrasteis? ¿Qué queréis?

DON JUAN

¿Qué quiero? ¿No esperan, di,

en esta casa hoy a alguno?

¿De un plazo, no oíste hablar?

CLARA

Eso sí, pero aguardar,

me parece que a ninguno.

DON JUAN  
¿Cómo no?

CLARA  
Pasó la hora

que tenían convenida,

y era cosa decidida;

casaron a mi señora.

DON JUAN  
¡Voto a Dios! ¿Que estás hablando?

¿La hora que se aguardaba

se pasó, y cuando yo entraba

estaban las doce dando?

¡Ríes! Desde esa ventana

tal vez me habréis visto entrar,

y me queréis engañar...;

pero es diligencia vana.

Ve, di a Isabel que aquí estoy,

que se apresure a venir.

CLARA

¿No os lo acabo de decir?

Mi ama se casa hoy.

DON JUAN

Hoy se casa, ya lo sé;

crucé yo la España toda

por asistir a su boda,

ve tú si lo ignoraré.

CLARA

Pues entonces, caballero,

un poco os habéis tardado,

y hubierais mejor obrado

yendo a la iglesia primero.

DON JUAN

Muchacha, no te comprendo.

¿Yo a la iglesia? Y ¿para qué?

CLARA

Pues ¿no sabéis? Ya se ve;

pero yo lo estuve oyendo

tras esa puerta. Escuchad.

Yo creo que se aguardaba

a un don Juan que no llegaba,

y le hubieran en verdad

por mucho tiempo aguardado,



porque el pobrecito ha muerto.

DON JUAN  
¿Muerto don Juan?

CLARA  
Sí, por cierto.

En Flandes, era soldado.

DON JUAN  
¡Muerto don Juan! Impostura.

CLARA  
Yo misma al Conde lo oí.

DON JUAN  
¿Al conde Reinaldo?

CLARA  
Sí.

DON JUAN  
¡Maldito sea!

CLARA  
Y segura

es su muerte, aunque Isabel...

DON JUAN

¿Qué?

CLARA

Creerla no quería,

y aunque a voces respondía

que no amaba más que a él...

DON JUAN

Acaba.

CLARA

Sentí venir

por la sala a mi señor,

y eché por el corredor,

porque no me viera, a huir.

DON JUAN

¡Voto a...!

CLARA

Mas de una tronera,

donde me asomé a mirar,

vi a doña Isabel llevar,

cerrada en una litera.

DON JUAN  
¿A la iglesia?

CLARA  
No, al palacio.

DON JUAN  
¿Del Conde?

CLARA  
Del Conde.

DON JUAN  
¡Cielos,

o treguas dad a mis celos,

o a mis venganzas espacio!

CLARA  
¿Qué tenéis?

DON JUAN  
¡Qué he de tener,

sino cólera y furor!

CLARA

¡Dios mío! ¿Qué os da, señor,

que os veo palidecer?

¿Qué tenéis?

DON JUAN

Tengo un volcán

en que abrasándome estoy.

CLARA

Mas ¿quién sois?

DON JUAN

La muerte soy.

¿Quién seré más que don Juan?

(Don Pedro aparece en la puerta del fondo.)

CLARA Y DON PEDRO

¡Don Juan!

CLARA

El difunto.

DON JUAN

Sí.

Hoy hace un año y un día

que juré que volvería.

las doce son, y heme aquí.

DON PEDRO  
Despeja, Clara.

Escena X

DON JUAN y DON PEDRO

DON JUAN  
Buen viejo

venid acá y contestad.

¿Me esperabais?

DON PEDRO  
No, en verdad.

DON JUAN  
No mintáis, os lo aconsejo.

Yo sé que algún impostor

me dio en el campo por muerto.

DON PEDRO

Pésame, don Juan, por cierto,

pues sois mozo de valor,

el dejaros desairado;

mas ella misma lo quiso,

y, casarla fue preciso.

DON JUAN

¿Y el plazo?

DON PEDRO

Las doce han dado.

Y estaba tan empeñada,

que puesta frente al reloj

dijo: «Vamos.»

DON JUAN

¿Y partió?

DON PEDRO

A la primer campanada.

DON JUAN  
(Con sarcasmo.)

no os sugirió siquiera

vuestra atención previsor,

que daban la misma hora

la última y la primera?

DON PEDRO  
Yo la quise detener,

recordé vuestra afición;

mas dijo: «Las doce son;

si vuelve, tarde ha de ser.»

El Conde, era natural,

exigía la postrera

decisión, y su litera

aguardaba en el portal.

Siguióla, Y nada reacio,

pues así le convenía,

llevóla en su compañía,

como esposa, a su palacio.

DON JUAN  
(Con sarcasmo.)

Pues; y ella, naturalmente,

fuese con él muy contenta,

como quien paga una cuenta

recibida anteriormente.

Y acabando de decirle

que jamás le había querido,



como quien muda vestido,

propuso al punto seguirle.

Ya comprendo ¡vive Dios!

toda esa trama infernal

que habéis fraguado tan mal,

don Pedro, entre el Conde y vos.

DON PEDRO

Don Juan, lo que habláis mirad;

si ya no os ama Isabel,

no es culpa mía ni de él.

DON JUAN

Callad, mal padre, callad.

Si ella me hubiera olvidado,

como decís, no aguardara

a que el plazo se pasara

con tan rígido cuidado.

La habéis de grado o por fuerza

casado, y decís: «Ahora,

vuelva don Juan en buen hora.»

Mas ¡guay que el juego se os tuerza!

DON PEDRO

Don Juan, al Conde eligió,

y se la di a su marido.

DON JUAN

¡Mentís! Se la habéis vendido

al que antes os la compró.

Dijisteis: «Mozo y soldado,

si vuelve don Juan de Flandes,

hará desaciertos grandes

de mozo y de enamorado.

Le culparemos al Conde,

cometerá un atropello,

la justicia vendrá en ello

y el fin a nadie se esconde.»

Lo veo y no lo concibo;

pero, don Pedro, os lo juro,

si de ello quedo seguro,

nos veremos, ¡por Dios vivo!

**DON PEDRO**

Lo que quisiereis pensad,

porque de cualquier manera

hija mía Isabel era

y ésta fue mi voluntad.

¿O queréisme hacer la afrenta

de no hallarme con derecho

de poder hacer lo hecho

sin ir a pedirnos cuenta?

DON JUAN

Es que habéis contado mal,

aunque en esas cuentas ducho,

que aprendí, don Pedro, mucho

en Flandes y en Portugal.

A mis sospechas primeras

a España me hubiera vuelto,

mas yo me partí resuelto

a morir con mis banderas.

Mucho me aguijó el amor,

mas mucho el honor me tuvo,

y en duda un punto no estuvo,

lo primero era el honor.

Quedéme, y nada temí,

en su constancia fiado,

porque a fe que tan malvado

nunca, don Pedro, os creí.

DON PEDRO

Mirad que soy...

DON JUAN

Ya lo sé.

Si en vos su padre no viera...;

mas echad temores fuera,

yo siempre os respetaré.

Y en fin, ¿qué me contestáis?

¿Me dais a Isabel o no?

porque a tiempo llegué yo,

y vos aun a tiempo estáis.

Dársela al Conde es venderla;

yo he vuelto; y rico y honrado,

buen marido y buen soldado,

puedo honrarla y protegerla.

DON PEDRO

Pues don Juan, si sois tan hombre

y la amáis como decís,

(Con intención.)

os la daré si añadís;

apellido a vuestro nombre.

DON JUAN

Y decidme, ¡ira de Dios!

pues me hacéis tal vituperio

y vivís con tal misterio,

¿qué apellido tenéis vos?

¿Cuál es vuestra patria? Cuál

vuestro nombre?

DON PEDRO

(¡Dios! ¿Qué escucho?)

DON JUAN

Ya veis que he aprendido mucho

en Flandes y en Portugal;

y que no sois vos tan diestro

dando en que sin nombre estoy,

cuando yo también sé hoy

que tenéis doblado el vuestro.

DON PEDRO

Pues bien; ya que declararéis

que tan bien me conocéis,

los secretos que sabéis

mirad cómo los guardáis;

porque todos caminamos



con una sombra detrás

que no nos pierde jamás,

y va, don Juan, donde vamos.

DON JUAN

Sí, mas todos recibimos

al nacer un ángel bueno,

que, de peligros ajeno,

nos guarda mientras vivimos.

DON PEDRO

Pedidle que de su mano

un solo instante no os deje.

(Vase.)

DON JUAN

Y al vuestro, que os aconseje

proceder menos villano.

Escena XI

DON JUAN

Todo a un golpe lo aventuro,

mas no olvidaré el aviso;

librarnos de él es preciso

por cualquier medio seguro.

Ahora bien, tiempo es de obrar;

jamás lo quise creer,

mas no hay tiempo que perder,

si me ama la he de salvar.

(Saca una carta con otra dentro.)

Aquí está la misteriosa

carta: en ella me asegura

no sé quién que en mi ventura

se interesa... una gran cosa.

(Lee.)

«Si es que os niegan a Isabel

»(dice) y estáis en amarla,

»creed para recobrarla

»lo que dice este papel.

»Pero si sois caballero,

»por vana curiosidad

»no le leáis..., aguardad

»A que os la nieguen primero.»

Y pues ya me la negaron,

ábrole y...

Escena XII

Sale UNA MUJER con manto, etc.

MUJER

¿Es don Juan

con quien hablo, un capitán

que en Flandes...?

DON JUAN

No os engañaron

en mis señas..., don Juan soy.

MUJER

¿Una carta recibisteis

y otra con ella, que debisteis

no abrir ni leer... hasta hoy?

(Mirando al reloj.)

DON JUAN

Es cierto.

MUJER

Pues si sois hombre

cual os pregona la fama,

una cita de una dama

debéis admitir.

DON JUAN

¿Su nombre?

MUJER

Es un secreto.

DON JUAN

Es ahora

imposible..., y permitidme...

MUJER

(Haciéndose la desentendida.)

¿Desconfiáis? Pues oídme,

y os daré el sitio y la hora.

DON JUAN

(Amostazado.)

Mas...

MUJER

(Recitando con intención.)

«Si os niegan a Isabel

»y os empeñáis en amarla,

»haced para recobrarla

»lo que os dice ese papel.»

DON JUAN

¡Cielos! ¿Qué escucho? ¿Sois vos...

quien escribió...?

MUJER

Leed y obrad.

DON JUAN

Pero decidme...

MUJER

Acabad,

don Juan; leedlo, ¡por Dios!

DON JUAN

(Lee.)

«Si un día os dan una cita

»y a esta carta se remiten,

»admitid doquier que os citen.

»Quien la escribe os necesita

»para abriros un camino

»que os hará tener sujetos

»del Conde muchos secretos

«y dueño de su destino.»

Hablad, hablad.

MUJER

Imposible

en este sitio, don Juan,

que acaso espiando están

mis pasos ya.

DON JUAN

¡Oh, qué insufrible

tormento! Y ¿cuándo ha de ser?

MUJER

Si de mí queréis serviros,

en la Cruz de los Suspiros

estad al anochecer.

Si sois hombre de valor,

vuestro amor recobraréis;

y os advierto que os guardéis:

hasta la noche, señor.

(Vase.)

Escena XIII



DON JUAN

Hasta la noche, eso sí;

seas quien quieras, misteriosa

mujer, de cuya amorosa

voz esperanzas oí,

dondequiera iré tras ti,

por doquier te seguiré,

tierra y mar recorreré

por ese nombre bendito

que invocaste, y que repito

como norte de mi fe.

Escena XIV

DON JUAN y UN HOMBRE EMBOZADO (Juan).

EMBOZADO

¿Sois don Juan...? Vuestro apellido

no recuerdo.

DON JUAN

¿Qué queréis?

EMBOZADO

Si sois hombre de valor,

como os quieren suponer,

yo vengo aquí a proponeros

un desafío.

DON JUAN

¿Con quién?

EMBOZADO

No me lo dijo.

DON JUAN

¿La causa?

EMBOZADO

¿La causa? Vos la sabréis;

lo único que advertiros

me mandó en su nombre, fue

que al lugar que ha señalado,

tan despacio no lleguéis

como a la cita del plazo

y de las doce después.

DON JUAN  
(Resuelto.)

¿Las armas?

EMBOZADO  
Las que llevareis.

DON JUAN  
¿La hora?

EMBOZADO  
Al anochecer.

DON JUAN  
¿El sitio?

EMBOZADO  
En la Cruz de los

Suspiros. ¿Sabéis dónde es?

DON JUAN

Sí; pero tengo otra cita

a esa hora y no puede ser.

EMBOZADO

Y ¿será más importante

que un desafío?

DON JUAN

Sí, a fe.

EMBOZADO

Es decir, ¿que rehusáis?

DON JUAN

(Con desprecio.)

Esclavo, la lengua ten,

o pronto, con esta daga,

te la clavo en la pared.

Dile que allí ha de encontrarme

una hora antes o después.

EMBOZADO

Sea después.

DON JUAN

Enhorabuena.

EMBOZADO

Allí iré.

DON JUAN

No faltaré.

Podré matarle o morir,

pero sabiendo quién es.

(Vase el embozado por la puerta del fondo, y D. Juan, por la lateral. -Cae el telón.)

Acto segundo

Campo. A la derecha, una caseta o ruina de ermita, cuyo interior esté a la vista. A la izquierda, en el fondo, una cruz de hierro con una puerta o trampa secreta en el pedestal. Árboles y maleza. -Anochece.

Escena primera

GIL, que aparece en escena al alzar el telón.

Receloso anda don Pedro;

parece que su amistad

con ese Conde... ¡Ha visto uno

tantas de estas cosas ya!

En fin, todo en esta vida

se acaba, y no es de extrañar

que amistades mal trabadas

vengan a acabarse mal.

Mas tarda mi amo; el caballo

mandóme a esta hora ensillar

y sacársele a este punto

y a esta hora... Y ¿dónde irá?

Escena II

GIL, embozado, y JUAN

JUAN  
(Allí está Gil.)

GIL  
(Alguien llega.)

JUAN  
(¡Oh! Disimula el truhán.)

GIL  
(Parece que está despacio.)

JUAN  
(Llégame a él.)

GIL  
¿Quién va allá?

JUAN  
¡Calla! O me engaña la voz...

¡Oh, mi buen Gil!

GIL  
¡Oh, buen Juan!

JUAN  
¿Tú por aquí?

GIL

¡Ya lo ves!

JUAN

Y ¿qué diablo haces?

GIL

Pasear.

JUAN

Pues yo ha tiempo que te miro,

y un paso no has dado.

GIL

¡Bah!

¡Qué necio eres!

JUAN

Ciego, en caso,

me debías de llamar,

pues no vi si te movías.

GIL

Y ciego, sin duda, estás.

¿No ves la cruz?



JUAN

¡Ah, rezabas!

GIL

¡Pues es claro! ¿He de pasar

junto a ella como un perro

que sobre su rastro va?

JUAN

Tienes razón. Mas ¿quién diablos

se había de imaginar

que pasearas a estas horas

con frío y con niebla tal?

GIL

Caprichos con que uno nace.

JUAN

¡Vaya un capricho!

GIL

¡Ahí verás!

JUAN

(Solapado es el buen Gil.)

GIL

(Importuno es el buen Juan.)

JUAN

Gil, tú estás de mal humor.

GIL

No, por cierto.

JUAN

La verdad,

¿no estás contento con tu amo?

GIL

Al revés; lo estoy demás.

JUAN

¿Te paga bien?

GIL

Más que quiero.

JUAN

Y ¿tú le sirves...?

GIL

Leal;

duermo a su lado y le busco

cuanto puede desear.

Y a ti, Juan, en el castillo

¿te va bien?

JUAN

No me va mal.

Mas dime: dicen que tu amo

es algo particular;

que tiene una historia larga,

borrascosa.

GIL

Sí tendrá...

JUAN

Vamos, que algo sabrás tú.

GIL

¡Si me la habrá ido a contar!

¿No te parece?

JUAN

¡Eh! Quien sirve,

siempre al olorcillo está

de lo que guisan sus amos.

GIL

¿Sí, eh? Pues entonces, Juan,

dime: ¿es cierto que tu amo

encubre y es capataz

de cuantos contrabandistas

en estos contornos hay?

JUAN

(¡No es tonto Gil!) ¡Qué locura!

GIL

Pues el vulgo lenguaraz

lo susurra.

JUAN

Ya lo sé;

mas tiene tanta verdad

como decir que tu amo

a todo el mundo nos da

gato por liebre, y no es quien

él dice.

GIL

¡Qué necedad!

JUAN

Pues el vulgo lo murmura.

GIL

Pues se engaña.

JUAN

Así será.

(Ni con palancas le sacan

lo que se cierra en callar.)

GIL

(Está visto, Juan me espía.)

JUAN  
(Claro, esperándole está.)

GIL  
(Veamos.)

JUAN  
(Vamos a ver.)

Oye, Gil.

GIL  
Escucha, Juan.

JUAN  
Di.

GIL  
Di tú.

JUAN  
¿Es tuyo aquel potro?

GIL  
¡Eh! ¿Qué potro?

JUAN  
Aquel que está

atado a aquel sauce.

GIL  
¡Ah! Sí.

Mas no es ya potro.

JUAN

¿Qué edad

tiene?

GIL

Ocho años, y muerdo,

y un horrendo esparaván.

JUAN

Pues lo disimula mucho.

GIL

Ha sido un bravo animal:

¿le has visto de día?

JUAN

¡Vaya!

Le conozco meses ha:

le monta siempre don Pedro.

GIL

Sí; como monta muy mal,

y es tan dócil... (Pues señor,

en vano es disimular.)

JUAN

(Pues señor, eso es.) ¿Tu amo

se marcha?

GIL

Sí.

JUAN

¿Dónde va?

GIL

A ese lugar inmediato.

JUAN

¿Y por mucho tiempo?

GIL

¡Quiá!

Ha de volver esta noche

a casa.



JUAN

Listo ha de andar.

GIL

Es corredor el caballo.

JUAN

¿Sí? Pues ¿y el esparaván?

GIL

No hará más que hincharse un poco;

hay media legua no más.

JUAN

(Al fin ya desembuchó.)

Vaya, adiós, Gil.

(Vase Juan y vuelve.)

GIL

Adiós, Juan.

(¡Mucho apuraba el tunante;

nunca le vi tan tenaz!

Torzamos rumbo: su encuentro

muy mala espina me da.)

JUAN  
(Saliendo.)

Oye, Gil.

GIL  
¡Calla! ¿Estás ahí?

JUAN  
No me he querido marchar

sin darte algún buen consejo.

GIL  
Estimo la caridad.

JUAN  
Mira: muchas, muchas noches

no vengas a este lugar.

GIL  
¿Por qué?

JUAN  
¿No sabes?

GIL  
¿Yo? Nada.

JUAN

¿Ves esa ermita?

GIL

Sí tal.

JUAN

Pues ahí vive una bruja.

GIL

¡Cómo!

JUAN

¿No has oído hablar

de ella en el pueblo?

GIL

Mil veces.

JUAN

Pues mora ahí.

GIL

¡San Julián!

Y cuentan cosas atroces

de su poder infernal.

JUAN

Y si te encuentras con ella,

maleficiarte podrá

con un soplo.

GIL

¡Dios me asista!

No aportaré yo aquí más.

JUAN

Harás bien.

GIL

Corriendo a casa

voyme.

JUAN

Adiós, Gil.

(Vase.)

GIL

Adiós, Juan.

(A apostarme en otro sitio

voy, y a don Pedro a aguardar.)

(Vase.)

Escena III

Por otro lado UN OFICIAL DE GUARDACOSTAS con UN SOLDADO, embozados.

OFICIAL

¿Conque todo está hecho?

SOLDADO

Todo.

El valle cercado está.

OFICIAL

Bien; que estén todos dispuestos

a la primera señal.

SOLDADO

¿Conque la noticia es cierta?

OFICIAL

Terminante el pliego está;

del mismo Rey es la orden,

y con gran severidad

fuerza es tratar el asunto.

Alerta, pues.

SOLDADO

Descuidad.

OFICIAL

Aquí es la cita, y ya es hora;

pronto la oración dará.

Me ocultaré, no dé con

algún curioso quizás.

Escena IV

TOMÁS, embozado.

Este es el lugar, sin duda,

que aquel hombre me marcó.

Sí; allí el pueblo, aquí la ermita,

la cruz allá... ¡Quiera Dios

que no haya olvidado el día

y oiga el dar de la oración!

Ya estoy al fin en mi patria:

sí, libre y resuelto estoy;

no más obrar ni vivir

contra mi propia razón.

Ya es tiempo de que se expie

aquel atentado atroz.

(Un momento de pausa. Tomás se pasea: las campanas, a lo lejos, tocan a la oración.)

Esta es la hora convenida:

esperaré.

Escena V

TOMÁS y EL CAPITÁN DE GUARDACOSTAS

OFICIAL

En rededor

de aquella cruz veo un bulto.

TOMÁS  
¿Quién va?

OFICIAL  
¿Quién viene?

TOMÁS  
Quien hoy

busca puerto en que fondear.

OFICIAL  
(Él es.)

TOMÁS  
(Él es.)

OFICIAL  
¡Eh, patrón!

¿De qué lado sopla el viento?

TOMÁS  
De la costa y de babor.

OFICIAL  
Vos sois, pues, a quien yo busco.

TOMÁS  
Y a quien espero sois vos.



Buenas noches.

OFICIAL

Buenas noches.

¿Cumplido habéis?

TOMÁS

Hombre soy

que no ha mentido jamás;

y aunque muestra mi exterior

la librea del delito,

puro está mi corazón.

OFICIAL

¿Dónde está el barco?

TOMÁS

Aguardando

mi señal.

OFICIAL

¿La relación

escrita?

TOMÁS

Aquí está; tomadla:

no será muy superior

su lenguaje, pero es claro

y tan cierto como el sol.

OFICIAL

¿En qué año fue?

TOMÁS

Ya hace veinte:

la fragata se abordó.

Yo lidié desesperado

al lado de mi señor,

pero fue inútil; ninguno

de nuestra tripulación

pudo escapar con la vida

más que un pobre niño y yo.

OFICIAL

Y ¿cómo pues?

TOMÁS

¡Oh! Le amaba

con todo mi corazón,

y hubiera muerto antes que él,

según era mi furor;

mas les asombró mi audacia

y el capitán nos salvó.

OFICIAL

Y fuisteis sus compañeros.

TOMÁS

Esclavos decid mejor.

OFICIAL  
Explicaos.

TOMÁS  
Esta historia

nos toca sólo a los dos;

conque dejadla que quede

para siempre entro él y yo.

OFICIAL  
Mas vos su lugarteniente

habéis sido, y aun lo sois.

TOMÁS  
Cuando ese papel leáis,

veréis que si me nombró

fue para tenerme lejos;

cautelosa precaución.

OFICIAL  
Mas ¿no podíais mandar

cuanto os diere gana vos?

TOMÁS

Sí, mas fondear no podía

sino a antojo y elección

de un piloto, a cuyas órdenes

taimado me sujetó

mientras a vista de tierra

se hallara la embarcación.

OFICIAL

Y ¿qué premio a este servicio

pensáis pedir para vos?

TOMÁS

Me entrego a vos, capitán;

y si me hacéis concesión

de unos días, para ver

qué es lo que ha dispuesto Dios

de la gente que dejé

al partir con mi señor

para América, me basta.

OFICIAL

¿No vale más que perdón

en un memorial pidáis?

TOMÁS

Confesárame traidor

si lo hiciera, y las desdichas,

en nadie crímenes son.

OFICIAL

Mas ahora que delatáis...

TOMÁS

(Interrumpiéndole.)

A nadie; yo sólo soy

de la justicia divina

instrumento vengador.

Si sólo de mis desgracias

le culpara, acusación

contra ese hombre no entablara;

mas del mundo en rededor

anda algún otro, tal vez

sin amigos, sin mansión,

y sin fortuna y sin nombre,

y a fe que en honra nació,

de lo que goza usurpado

mejor que él merecedor.

OFICIAL

Aquí hay un misterio grande

que escapa a mi comprensión,

mas convencerme no puedo

de que seáis un impostor.

TOMÁS

No, ¡juro a Dios!

OFICIAL

No juréis,

y oíd: ¿en disposición

estáis de comparecer

en el tribunal?

TOMÁS

Sí estoy,

y a jurar cuanto hay escrito



en esa carta, ante Dios;

y tales pruebas daré,

que disipen todo error.

OFICIAL  
¿Si yo os llamo...

TOMÁS  
Estaré siempre

pendiente de vuestra voz.

OFICIAL  
¿A cualquier tiempo?

TOMÁS  
A cualquiera.

OFICIAL  
De esa manera, id con Dios.

Veinticuatro horas tenéis

a vuestra disposición.

TOMÁS  
Aquí me tendréis mañana.

OFICIAL  
¿A qué hora?

TOMÁS  
Al ponerse el sol.

OFICIAL  
(Voy, pues, a cercar desde ésta

todo el valle en derredor.)

(Vase.)

Escena VI

TOMÁS  
Espíritus sin sepulcro,

inmolados a traición,

aun tenéis sobre la tierra

un amigo, un vengador.

Si aun queda de vuestra raza

el solo que se salvó,

verá que no he olvidado

mi fe ni mi obligación.

Mas no hay tiempo que perder:

ya es fuerza pensar en mí,

(Va a retirarse y ve a lo lejos a Elena, que llega.)

y ver si me dan aquí

luz alguna... ¡Una mujer!

Un farol trae en la mano

que su camino la alumbre...

¡Lo que puede la costumbre

en el corazón humano!

¡Un ser sobrenatural

la creyera un campesino,

cruzar viéndola el camino

con paso y figura tal!

Mas me ocurra un pensamiento:

si de ella pudiera acaso...

Escena VII

TOMÁS y ELENA

ELENA

(Aquel hombre no da un paso:

¿si será él?)

TOMÁS

(Me iré con tiento,

sin embargo.)

ELENA

(Harto esperar

es a la impaciencia suya.

Si es él, no sé lo que arguya.

No importa; voy a pasar

junto a él; puede no haberme

desde lejos conocido.)

TOMÁS

(Se acerca; yo me decido.)

Buena mujer, si ofrecerme

podéis ayuda, yo os ruego...

ELENA

(No es él.) ¿Qué queréis de mí?

TOMÁS

De muy lejos llego aquí,

y descaminado llego.

¿Me diréis si en el que estoy

es en verdad mi camino?

ELENA

Y ¿adónde es vuestro destino?

TOMÁS

Al palacio moro voy.

ELENA

(¡Cielos!)

TOMÁS

¿Dista mucho?

ELENA

No;

mas la subida es fatal,

y a esta hora haréis muy mal

en emprenderla.

TOMÁS

Si yo

el terreno conociera,

a emprenderla me arriesgara,

o en algún pueblo buscara

una posada, si hubiera.

ELENA

Inmediato está Lubrín:

por ese sendero estrecho

vais a este lugar derecho,

que en sus calles tiene fin.

TOMÁS

¿Habitáis en él?

ELENA

No, a fe:

y a lo que oyéndoos infiero,

que todavía extranjero

sois aquí, claro se ve.

TOMÁS

Decidme: ¿por qué razón?

ELENA

Porque si no fuera así,

no os encontrarais aquí,

tan cercano a mi mansión.

TOMÁS

Pues ¿qué hay de ella que temer?

ELENA

Nada, sin duda; esta ermita

hace ya años que la habita

solamente una mujer.

Pero tened muy presente

que desde que el sol se pone,

rarísima vez se expone

a pasar por aquí gente.

Seguid, pues, vuestro camino,



y buenas noches.

TOMÁS

¿Qué es esto?

ELENA

(Que dejar le hará imagino

(Elena entra en la ermita.)

la superstición el puesto.)

TOMÁS

Aquí hay misterio: el retiro

y el secreto necesita

tal vez, y dio a aquesta ermita

ese misterioso giro,

que el vulgo supersticioso

respetará... Pero a mí,

¿qué me importa que obre así?

Déjola, pues, en reposo,

y a lo que me atañe voy.

(Va salir y se encuentra con D. Juan.)

Escena VIII

DON JUAN y TOMÁS

DON JUAN  
¿Quién va allá?

TOMÁS  
Un hombre.

DON JUAN  
¿Que pasa,

o que espera?

TOMÁS  
Busca casa.

DON JUAN  
¿Sois forastero?

TOMÁS  
Sí soy.

DON JUAN  
Mi posada os ofreciera

si pudiera a ella a tornar.

TOMÁS  
¿Vecino sois del lugar?

DON JUAN  
Lo mismo que si lo fuera,

porque como es tan pequeño...

TOMÁS  
¿Conocéis su población?

DON JUAN  
Sí.

TOMÁS  
¿Podrías dar razón...

DON JUAN  
De cualquiera a quien empeño

trajereis en encontrar.

TOMÁS  
Me haréis muy grande favor.

DON JUAN  
Pero con otro mayor

me lo tendréis que pagar.

TOMÁS  
Decid.

DON JUAN  
Tengo en este instante

dos citas a que acudir:

en la una voy a reñir;

en la otra, un importante

secreto voy a saber,

el cual tal vez asegura

mi felicidad futura

y el honor de una mujer.

Cumplir a un tiempo las dos,

si me tardo en la primera,

no me es posible, aunque quiera;

tomad una sobre vos.

TOMÁS  
¡Cómo!

DON JUAN  
Si sois caballero,

una de ellas elegid:

o a oír el secreto id...

TOMÁS  
Eso no; reñir prefiero.

DON JUAN  
¡Oh! Gracias; pero preciso

no será tanto, sin duda;

cuando mi contrario acuda,

si yo no estoy, dadme aviso.

TOMÁS  
Bien, bien; yo haré mi deber,

que tenga o no de reñir.

DON JUAN

Y ¿ahora me podréis decir

a quién queréis conocer?

TOMÁS

Sí; busco a un hombre, un villano

cuya historia es algo extraña:

pasó ha tiempo a Nueva España,

de un corsario siciliano

fue cautivo...

DON JUAN

(Con amargura.)

¡Ah! ¡Sé de un hombre

a quien conviene esa cruel

historia!

TOMÁS

Y ¿qué ha sido de él?

DON JUAN  
¡Sábelo Dios!

TOMÁS  
¿De su nombre

os acordáis?

DON JUAN  
Si eso prueba

que con el alma le amaba...

TOMÁS  
¡Oh, concluid! ¿Se llamaba

Tomás Ruiz de Villanueva?

DON JUAN  
Sí, sí. ¿Conocéisle vos?

¿Dónde está?

TOMÁS  
Y vos, que afán tal

mostráis por él, ¿cuál es, cuál

vuestro nombre? Entre los dos,

¿qué relación hay?

DON JUAN

La vida,

que en sus brazos recibí,

Cuanto es y cuanto fuí.

TOMÁS

¡Ah! Si esa historia es mentida,

apártate, tentador.

DON JUAN

No, no; esa historia es la mía.

TOMÁS

Entonces, ¡Virgen María...!

DON JUAN

Tú eres, ¡cielo vengador!

TOMÁS

¡Rodulfo!

DON JUAN

¡Tomás!



TOMÁS

Abrázame.

DON JUAN

Sí, sí, el placer me sofoca.

(Abrázanse.)

TOMÁS

Y mis lágrimas provoca.

(Vuélvense a abrazar.)

DON JUAN

Aprieta, así, despedázame.

Pero ¡qué recuerdo horrible!

¿Y mi padre? ¿En qué paró?

TOMÁS

Qué, ¿no has vuelto a verle?

DON JUAN

No.

TOMÁS

Santos del cielo, ¿es posible?

¿Por quién te vas a batir?

DON JUAN

Por Isabel, por mi amor.

TOMÁS  
Y ¿con quién?

DON JUAN  
Con su raptor,

si es que se atreve a venir.

TOMÁS  
¿Quién es?

DON JUAN  
Un Conde extranjero.

TOMÁS  
(Apresurado.)

¿Que habita en ese castillo,

que ocupa ese montecillo?

DON JUAN  
Sí.

TOMÁS  
(¡Lazo infernal!)

DON JUAN  
Mas quiero

saber antes si hay camino

que me haga tener sujetos

de ese hombre muchos secretos

y dueño de su destino.

TOMÁS

Y ¿cómo lo has de saber?

DON JUAN

Una mujer misteriosa

que por mí vela afanosa,

me lo ha prometido hacer.

TOMÁS

¿La conoces?

DON JUAN

No, por cierto.

TOMÁS

¿Y si es un lazo?

DON JUAN

No, no;

más de un año ha que me dio

una carta, que hoy he abierto,

ofreciéndome su amparo

si me hurtaban el tesoro

de la mujer que yo adoro,

con que podía...

TOMÁS

Está claro.

Mas ¿dónde está?

DON JUAN

No lo sé.

Ya es la hora que me dio.

TOMÁS

Y ¿aquí mismo te citó?

DON JUAN

En esa cruz.

TOMÁS

Oye.

DON JUAN

¿Qué?

TOMÁS

Oigo dentro de esa ermita

rumor.

DON JUAN

Apártate a ver.

(Se apartan y aparece Elena.)

ELENA

(Ya esperará.)

DON JUAN

Una mujer,

y es ella.

TOMÁS

¿La de la cita?

DON JUAN

Sí; aléjate de su luz

no se esquite viendo dos,

y no me faltes, por Dios,

si acude ese hombre a la cruz.

TOMÁS

Rodulfo, ve sin temor.

(De cualquier modo que sea,

preciso es que no le vea

ese corsario traidor,

aun a costa de mi vida.)

(Vase, y se oculta detrás de la cruz.)

Escena IX

ELENA, DON JUAN y TOMÁS

ELENA

¿Es don Juan?

DON JUAN

Sí, don Juan soy,

y esperándoos estoy.

ELENA

Vine a la hora convenida;

mas encontré a un extranjero

que me dio que sospechar,

y que dejara el lugar

quise, de veros primero.

DON JUAN

En fin y ya estamos aquí,

y no hay tiempo que perder.

ELENA

Mucho por vos puedo hacer,

y vos mucho más por mí.

DON JUAN

Lo que gustareis mandad,

si yo basto a conseguirlo.

ELENA

Entrad en mi casa a oírlo,

que habrá más seguridad.

(Entran.)

TOMÁS

Entró con ella... ¡Por Dios,

que entre la cruz y la puerta

puesto, he de estar bien alerta!...

¡Desconfío de las dos!

(Tomás queda paseando fuera. Elena y D. Juan dentro de la ermita.)

ELENA

¿Os extraña este misterio,

don Juan, y esta habitación?

Tiene la superstición

en el vulgo mucho imperio,

y por eso la elegí:

mil patrañas de ello cuentan,



y cuanto más las aumentan,

más segura estoy aquí.

DON JUAN  
Comprendo vuestra razón.

ELENA  
Un año ha que espío al Conde,

y nada de él se me esconde

a merced de esta mansión.

DON JUAN  
Mi tiempo es breve; mirad

lo que decirme queréis.

ELENA  
Don Juan, poco esperaréis.

DON JUAN  
Pues ya os escucho; empezad.

ELENA  
¿Conocéis al Conde?

DON JUAN  
No.

ELENA

Pues bien, yo le he conocido

casi desde que ha nacido,

y a ser lo que es no nació.

Sus títulos, sus haciendas,

nada es suyo; es un engaño.

DON JUAN

¿Los hubo en país extraño

en políticas contiendas?

ELENA

No lo sé: su poseedor

verdadero estuvo ausente

largo tiempo; de repente

presentóse el sucesor.

Trajo cuantos documentos

necesitó; declaróse

como conde, e instalóse

por tal sin más miramientos.

Desmentir su identidad

su semblante no podía,

porque quince años hacía

que de aquí faltaba; edad

que a cualquiera desfigura:

y hacinando precauciones,

esquivó las relaciones

como cosa más segura.

Pocos meses adelante

vino don Pedro, y con él

vino esa hermosa Isabel,

de quien sois tan fino amante.

DON JUAN

¡Oh! Seguid, seguid.

ELENA

Hacía

mucho tiempo que olvidada

vivía en pobre morada,

y huérfana se creía.

Él dijo: «Su padre soy»;

tomóla de unos parientes

que por ser tan indigentes,

en que la dieron estoy.

Compró casa; con decoro

en ella la hizo habitar,

y a nadie dio qué pensar

el verle volver con oro,

pues de América volvía;

mas yo conozco también

a don Pedro, y sé muy bien,

señor don Juan, que mentía.

DON JUAN

¿No es su padre?

ELENA

Acaso no.

DON JUAN

¡Ah! Seguid.

ELENA

Noté que amigo

del Conde era, y que al abrigo

del exterior que tomó,

era el único que entraba

en su torre, y armonía

con sus gentes mantenía,

y noches con él pasaba.

Entonces vinisteis vos

con vuestro destacamento,

y hubo entonces un momento

de treguas entre los dos.

Yo, tras de mucho afanar

de un anciano campesino,

supe un secreto camino

al castillo para entrar.

Varias noches me introduje

en hora muy avanzada

en un ala abandonada,

y la impresión que produje

tan favorable me fue,

que el vulgo supersticioso

por fantasma misterioso

ocupada ahora la cree.

Yo, de bruja en esta ermita

tal vez haciendo un papel,

os hallé con Isabel

en una y en otra cita.

Supe vuestro plazo al fin,

y me interesé por vos,

temiéndome de los dos

alguna emboscada ruin.

Espié, velé, inquirí,

y al cabo, yendo y viniendo,

sus maldades conociendo,

a Flandes os escribí.



Y no dudéis que Isabel

víctima sacrificada

es, prenda al Conde entregada.

DON JUAN  
¿Por don Pedro?

ELENA  
Sí, por él.

DON JUAN  
Eso no tiene, señora,

ni aun asomos de razón:

¿a qué aguardar condición

ni plazos...?

ELENA  
Oídllo ahora.

Si tanto tiempo aguardando

a que expirara estuvieron,

fue porque de vos temieron.

DON JUAN  
¿Por qué?

ELENA  
Por su contrabando.

DON JUAN  
¡Qué decís!

ELENA  
Esas montañas,

llenas de su gente están;

por eso es todo su afán,

esas todas sus hazañas.

DON JUAN  
No lo acierto a comprender.

ELENA  
Creedlo; ese hombre es un bandido,

y nunca otra cosa ha sido,

ni otra cosa sabrá ser.

DON JUAN

Por eso hoy a mi venida

topó con una emboscada,

y a no por inesperada

ayuda, pierdo la vida.

Pero de esa relación

en el dédalo enredado,

con vuestro intento no he dado.

ELENA

¡Ay! Está en mi corazón:

todo descubierto está;

esos peñascos, cercados

están ya por los soldados,

y todo a perderse va.

DON JUAN

Y bien, ¿qué queréis de mí?

ELENA

Don Juan, ¿queréis a Isabel?

DON JUAN

¡Oh, sí!

ELENA

Pues salvadle a él,

y huya conmigo de aquí.

DON JUAN

¿Con vos?

ELENA

Sí, le amé; y ahora

que todos a abandonarle

van, yo, yo quiero salvarle,

quiero ser su valedora.

Él me abandonó traidor,

atentó contra mi vida,

mas todo el amor lo olvida,

y a todo alcanza mi amor.

Si a la costa se le auxilia

osadamente a llegar,

aun puede abrimos el mar

camino a nuestra Sicilia;

favor por favor, don Juan.

O así le salváis a él,

a perder vais a Isabel.

DON JUAN

¡Y entonces perecerán

todos; vive Dios! ¡tras ella!

ELENA

No os halague esa esperanza,

que es temible su venganza

y es muy fatal vuestra estrella,

capitán.

Escena X

DON JUAN y ELENA, dentro de la ermita. DON PEDRO y TOMÁS, fuera.

TOMÁS

¿Quién va?

DON PEDRO

Yo soy.

TOMÁS

(¿Quién es?)

ELENA

(A D. Juan.)

Decid.

DON JUAN

(A Elena.)

Escuchad:

¿no oís rumor?

ELENA

Sí.

DON JUAN

(Escuchando.)

Callad.

DON PEDRO

¿Estáis solo?

TOMÁS.

Solo estoy.

DON PEDRO

Pues vamos.

TOMÁS

(Poniendo mano a su espada.)

Vamos.

DON PEDRO

¿Qué es eso?

TOMÁS

¿A reñir no habéis venido?

DON PEDRO

¡No es Gil! (¡Oh, me habrá vendido!)

Caballero, yo os confieso...

TOMÁS

Esa voz...: estoy soñando.

DON PEDRO

Perdonad; os tomé a vos

por otro: quedad con Dios.

TOMÁS

¡No os iréis!

DON PEDRO

¿Qué estáis hablando?

TOMÁS

No, de aquí no os moveréis

sin que quién sois me digáis.

DON PEDRO

(¡Qué apuro!) Si os empeñáis...

TOMÁS

Sí, ¡por Dios!

DON PEDRO

Pues lo sabréis.

Yo soy don Pedro Zapata.



TOMÁS

¡Téngame Dios de su mano!

Ese que nombras, villano,

murió a manos de un pirata.

Sí; y ese nombre me prueba

que eres quien buscando voy.

DON PEDRO

Yo soy don Pedro.

TOMÁS

Y yo soy

Tomás Ruiz de Villanueva.

DON PEDRO

¡Oh!

TOMÁS

Di, ¿qué has hecho, traidor,

del nombre que yo te di?

¿Qué es lo que has hecho por mí?

¿Qué es de la hija de mi amor?

DON PEDRO  
En el castillo.

TOMÁS  
¿En poder

del Conde?

DON PEDRO  
Sí.

TOMÁS  
¡Miserable!

Este enredo abominable

llego al fin a comprender.

Reza, si es que sabes algo

con que dirigirte a Dios.

(Tomás y D. Pedro forcejean mientras hablan los otros.)

DON JUAN  
No oigo bien, pero son dos.

(Va a salir, y Elena le quiere tener.)

ELENA  
¿Dónde vais?

DON JUAN  
Al campo salgo.

Me esperan para reñir,

y otro toma mi lugar.

ELENA  
¡Tened!

DON JUAN  
¡No!

(Sale D. Juan de la ermita, y Elena tras él.)

TOMÁS  
Vas a acabar

como has querido vivir.

DON PEDRO  
(Cayendo.)

¡Ah!

(Mientras D. Juan, y Elena detrás, salen, aparece Juan con gente.)

Escena XI

TOMÁS, D. PEDRO, JUAN y VARIOS CONTRABANDISTAS.

JUAN  
(Señalando a Tomás.)

Ése es don Juan.

TOMÁS  
¡Tal traición

me sospechaba!

JUAN  
¡Ea, atadle

pronto; al castillo llevadle!

UNO  
Mira.

JUAN  
(Mirando.)

¿Qué?... Soldados son.

Vamos pronto.

(Vanse.)

DON JUAN  
(Saliendo.)

¿Adónde están?

Mas ¿si es él?

(Viendo a D. Pedro.)

DON PEDRO

¡Ah, el capitán!

DON JUAN

¡Don Pedro aquí!

DON PEDRO

Huid, ¡por Dios!

Se llevan a otro por vos.

DON JUAN

¿Adónde?

DON PEDRO

Al castillo van.

DON JUAN

Antes que lleguen...

(Va a seguirlos, y Elena le detiene.)

ELENA

¿Qué hacéis?

DON JUAN

Seguirlos.

ELENA

Seguidme a mí,

si llegar antes queréis.

DON JUAN

Y ¿por dónde?

ELENA

Por aquí.

(Abre la cruz, y éntanse al tiempo que D. Pedro toca arrastrándose el pedestal, y cae sobre los escalones sin movimiento. -Cae el telón.)

Acto tercero

Salón del castillo llamado Palacio Moro, que habita el Conde. Puerta a la derecha y secreta en el fondo. Lámpara colgada. Ventana con reja.

Escena primera

ISABEL

Cielos, ¿qué va a ser de mí

en esta mansión fatal?

Para tratarme tan mal,

¿qué delitos cometí?

Sola, pobre y desvalida,

allá en oculta cabaña,

al amor y al mundo extraña,

pasada feliz mi vida.

Huérfana, sí, mas dichosa,

sin deseo ni esperanza,

mi barquilla iba en bonanza

por la mar tempestuosa.

Largos años viví así,

cual silvestre pasionaria

que en campiña solitaria

nace y crece y muere allí.

¡Ay! ¿Por qué de aquel desierto

me vinieron a sacar,

para echarme al negro mar

de este porvenir incierto?

¿Por qué de mi corazón

con impulso repentino,

al cambiarse mi destino

se cambió la condición?

De la soledad salí

y con fortunas soñé,



soñé con amor y amé,

mas ¡cuán desdichada fui!

El interés vino en pos

del amor, ató el deber

mi voluntad...¿Cuál va a ser

el más fatal de los dos?

¿El amor?... Ileso, intacto,

puro en mi alma quedará.

¿El deber?... Cumplido está,

padre cruel, vuestro pacto.

Mi padre ¡ay Dios! se figura

que en el oro y la grandeza

está la fe y la belleza,

el placer y la ventura.

El alma de la mujer

así, insensato, comprende,

y así me entrega, me vende

al que más llega a ofrecer.

Mas tócame ahora a mí;

él cumplió ya, era justo,

y ya no hay más que mi gusto

o mi desventura aquí.

Con nobleza elegiré,

pero mirando hacia atrás,

no, no romperé jamás

mi palabra ni mi fe.

Escena II

ISABEL y EL CONDE

CONDE  
Buenas noches.

ISABEL  
¿Qué queréis?

CONDE  
¡Bella pregunta, a fe mía!

¿No os lo dijo al mediodía?

(Cierra la puerta por dentro.)

ISABEL  
¿Qué hacéis?

CONDE  
Cerrar, ¿no lo veis?

Mi palacio, esquiva y filera,

desdeñasteis hasta ahora

habitar como señora;

sois, pues, en él prisionera.

ISABEL

Y ¡con cuán negra traición

lo habéis, al fin, conseguido!

CONDE

Las cosas se hacen sin ruido

mejor y con precaución.

El vulgo me odia, lo sé;

y si el plazo hubiera roto,

armara necio alboroto;

por eso un año aguardé.

Ahora escucha atentamente

la suerte que te prevengo,

y lo que a decirte vengo,

piensa bien y sé prudente.

De hoy no ha de verte ni el sol,

no; dentro de estas murallas

como en un sepulcro te hallas;

pasará por el crisol

de esta eterna soledad

tu amor y tu fortaleza,

y tu llanto y tu belleza

jamás obtendrán piedad.

Entre peligros viví,

crecí entre sangre y horrores,

y amenazas ni clamores

nada alcanzarán de mí.

Mi amor, mi fe, mi esperanza,

al fin de una y otra injuria,

tornáranse en odio, en furia,

en sed de fatal venganza.

Cederte a otro hombre después

de aguardarte un año entero,

es imposible; prefiero

verte sin vida a mis pies.

Conque elige bien, y aparta

sueños de fe y de virtud:

o esta estrecha esclavitud

(si antes de ella no se harta

mi paciencia), o con tu amor

pagar voluntaria el mío;

dejo el ser, a tu albedrío,

tu galán o tu señor.

El mundo es grande, Isabel;

yo te idolatro, te adoro;

con mi brazo y con mi oro

buen lugar tendrás en él.

Y puedo hacértele tal

cuando admitas mis promesas,

que te envidien mil princesas

tu regia pompa oriental.

ISABEL

¿Habéis concluido?

CONDE

Sí.

ISABEL

Pues vuestras ofertas todas,

cual la farsa de mis bodas

serán miradas por mí.

Esta mañana rehusé

llegarme al profano altar,

y no habré de renegar



esta noche de mi fe.

Nací entre peñas, crecí

de pobreza entre rigores,

y amenazas ni clamores

nada alcanzarán de mí.

Mi amor, mi fe, mi esperanza,

firme a halago y a injuria,

sabrán despreciar tu furia

y arrostrar tu vil venganza.

Oye, pues: todo tu afán

es en vano; yo le adoro,

y no vale todo tu oro

un cabello de don Juan.

CONDE

¿Esa es tu respuesta?

ISABEL

Esa es,

sí. ¿Después de un año entero

ser tuya? ¡Jamás! Prefiero

caer sin vida a tus pies.

CONDE

Caerás, sí; pero no esperes

que así tu vida concluya,

porque irá antes de la tuya

la de ese a quien tanto quieres.

ISABEL

Mi constancia y su constancia

en el bien como en el mal,

siempre firmes por igual,

se mofan de tu arrogancia.

CONDE

Veremos si tu entereza

a tanto heroísmo alcanza,

o si cede la balanza

al peso de su cabeza.

ISABEL

Me río de esa villana

amenaza, que te inspira

quien te inspiró la mentira

del papel, de esta mañana.

CONDE

¡Necia! ¿Mientas el papel,

y aun conservas confianza?

Pues disipa la esperanza

que concebiste por él.

Aprende lo que no sabes,

y aprendiendo a conocerme,

decídate a obedecerme

y tu situación no agraves.

¿Piensas que al plazo faltó

tu constante capitán?

No; burló todo mi afán;

daba aún las doce el reloj

cuando él acudió a la cita.

ISABEL  
¡Cómo!

CONDE  
Mas fía en su brío

el necio, y mi desafío

admitió.

ISABEL  
¡Infamia inaudita!

CONDE  
De noche y en despoblado,

y solo prometió ir.

ISABEL  
¡Cielos!

CONDE  
Puedes presumir

que habré mi gente apostado.

ISABEL  
¡Hombre vil!

CONDE  
Óyelo todo:

mandé, haga o no resistencia,

que desde allí a mi presencia

le traigan de cualquier modo

Ahora, creas o no creas

de grado lo que te digo,

de ello vas a ser testigo,

y creerás cuando lo veas.

(Óyese un clarín.)

Oye; esa la señal es

para franquear el rastrillo;

ya están al pie del castillo,

decídetes pronto, pues.

Y no te andes con pereza,

porque juro ¡vive Dios!

que eliges una de dos,

o mi amor o su cabeza.

ISABEL

No puede mi alma con tanta

increíble atrocidad:

tu fría ferocidad,

monstruo pérfido, me espanta.

CONDE

Esperé, callé y sufrí

mientras el plazo se cumplía,

y al castillo te traía

sin dar sospechas de mí.

De hoy todo será traición,

y ese vulgo que murmura,

creerá mansión de ventura

la que será tu prisión.

Mas suben; ya están aquí.

Escena III

ISABEL, EL CONDE y JUAN

CONDE  
¡Hola! ¡Eres tú!

JUAN  
Sí, yo soy.

CONDE  
¿Traes al capitán?

JUAN  
Le traigo.

CONDE  
(A Isabel.)

Ya lo ves.



ISABEL  
¡Cielos!

JUAN  
(Aparte al Conde.)

Señor,

echad ahora esos imbéciles

amoríos a un rincón,

y pensad en lo que importa.

CONDE  
¿Qué hay, pues?

JUAN  
Huyamos; si no

todo el valle a desplomarse

va muy pronto sobre vos.

CONDE  
¡Cómo!

JUAN  
De tropas y hogueras

cercado está en derredor.

CONDE

Tengo mi barco en la costa,

que ha dos días que fondeó

en esas rocas vecinas.

JUAN

Mas ved que un enjambre son.

CONDE

Serénate, Juan, no temas,

que tal lo he dispuesto yo,

que por entre ellos pasemos

como por un vidrio el sol.

JUAN

No lo sé.

CONDE

Habrá algunos tiros,

habrá un cadáver o dos;

mas tras el primero, a tierra

saldrá mi tripulación,

y habrá al mismo tiempo fuego

de babor y de estribor.

Tiempo ha que he determinado

salir de este boquerón,

pero saldremos despacio,

con botín y con honor.

Ve, Juan; que todo esté a punto

para el despuntar del sol;

mi barco aguarda esa hora

JUAN

Cumpliré mi obligación.

Mas de ese don Juan, ¿qué hacemos?

CONDE

Que aguarde un punto; ve.

JUAN

Voy.

Escena V

EL CONDE e ISABEL

CONDE

Ya lo ves, está en mis manos:

firme es mi resolución,

y única; elige, Isabel,

o su cabeza o mi amor.

No más misterios, no más

disimulos ni ficción:

necia honradez, medianía

servil no te ofrezco yo;

no una alquería en un valle,

y un olivar que agostó

el abandono de un año,

y una lanza y un bridón

con un corazón voluble

que tal vez otra secó,

no; yo te ofrezco un tesoro

de libertad y de amor,

todo el imperio del mar,

que rey ninguno acotó,

y donde soy con mi barco

más grande que el rey mayor.

Nada habrá que se te antoje

que darte no pueda yo:

si el mar te cansa, de tierra

puedo darte, no un rincón

donde vivir olvidada,

sino el palacio mejor;

la opulencia de los ricos,

del noble la ostentación,

y toda la altanería

del lujo fascinador.

Si Europa no da a un valiente

acogida y protección,

un nuevo mundo en América

se nos abre, ¡vive Dios!

Allí está virgen la tierra

esperando a su señor,

y conmigo su conquista

dividirá el español;

que hartos mi brazo y mi oro

valen en contra o en pro,

para que no los acepte

o esclavo o conquistador.

ISABEL

Basta, insensato, de ofertas

que sólo quimeras son.

¿Crees tú que están mis oídos

insensibles a la voz?

¿Piensas que la de ese esclavo

en ellos no resonó?

«Va a desplomarse, te dijo,

todo el valle sobre vos»

Palideciste al oírle

decir que un enjambre son,

y mi corazón, oyéndolo,

de gozo se estremeció;



y firme como la tuya

es ya mi resolución.

CONDE

Pobre insensata, cual siempre

te engaña tu corazón:

mi barco tengo en la costa;

cuanto tengo de valor,

mis tesoros, mis secretos,

en él se depositó

con cauteloso sigilo

y exquisita precaución.

A mi poder y a mi dicha

sólo me falta el amor;

una mujer, que eres tú,

y sin la cual no me voy.

ISABEL

Primero que del pirata

la opulencia acepte yo,

hágame un esclavo vil

pedazos el corazón.

CONDE

Mira que a don Juan sentencias.

ISABEL

A mi honra y a su valor,

mejor nos está morir

que verme en tus brazos.

CONDE

¡Oh!

¡Un mundo entero no pudo

arrostrar mi indignación,

y hoy una débil mujer

osa arrostrar mi furor!

Piénsalo bien, cierva presa

en las garras del león.

ISABEL

Piensa tú que de tu cueva

se apiñan en derredor

lobos que huelen la sangre

de quien pavura les dio.

CONDE

Mira que no hay esperanza.

ISABEL

Yo he puesto la mía en Dios.

CONDE

Por última vez, ¿aceptas?

ISABEL

Por la vez última, no.

CONDE

Sea, y cúlpate a ti sola

de la suerte de los dos.

Tenéis de vida un minuto,

y aquí, este mismo salón

será de entrambos sepulcro

o templo de nuestro amor.

ISABEL

(De rodillas.)

El cielo, que me dio fuerzas

para tal resolución,

hará que a cabo la lleve,

o será mi protector.

CONDE  
(Con mofa.)

¿Quién dentro de estas murallas

podrá protegerte?

ELENA  
(Saliendo por la puerta falsa.)

Yo.

Escena V

EL CONDE, ISABEL y ELENA

(Elena se coloca entre Isabel y el Conde: Isabel continua de rodillas.)

CONDE  
¿Qué es esto, cielos? ¡Elena!

ELENA  
Sí, bárbaro, Elena soy.

CONDE  
Espectro horrendo, ¿qué quieres?

¿Quién ante mí te evocó?

¿Por qué del sepulcro sales,

enemiga aparición?

ELENA

Deliras, Caín, deliras;

no soy un espectro, no:

vivo, y me guarda tu estrella

para ser tu salvación.

CONDE

Mi bala no ha errado nunca.

ELENA

Pues en la Cabrera erró.

CONDE

¡Sin duda estoy siendo víctima

de una pesadilla atroz!

ELENA

Acabamos de una vez,

y sal, Caín, de tu error.

Ya no tienes en el mundo

más esperanza que yo.

CONDE  
¡Tú!

ELENA  
Sí, todos te abandonan;

mas si audaz resolución

tomas, aun puedes salvarte

huyendo conmigo.

CONDE  
No.

ELENA  
Eso es lo que aun ofrecerte

puede quien tuvo valor

para vivir junto a ti

en escondido rincón

dos años en este valle;

sí, quien te guardó hasta hoy,

en vez de infame venganza,

la fe de su corazón.

Y esto es lo que va a ofrecerte

otro enemigo mayor

en este momento mismo

y con igual condición.

CONDE  
¿Quién?

ELENA  
Don Juan.

CONDE  
¡Necia! ¿Ese engaño

crees que me infunde pavor?



Don Juan está en mi poder;

y ahora mismo, al de mi voz,

ante vuestros mismos ojos

voy a ponerle.

(Asoma D. Juan mientras Caín se dirige a la puerta contraria.)

Escena VI

DICHOS y DON JUAN, saliendo por la puerta secreta.

DON JUAN

Aquí estoy.

ISABEL

¡Don Juan!

DON JUAN

¡Isabel!

(Abrázanse.)

CONDE

¿Qué es esto?

DON JUAN

(Viendo al Conde.)

¿Qué veo? ¡Dios vengador!

¡Mi padre!

CONDE

Ese hombre, ¿es don Juan?

DON JUAN

¡Noche de condenación!

Yo soy don Juan, soy Rodolfo.

¡Capitán, vuestro hijo soy,

que salí de la Cabrera

para infierno de los dos!

CONDE

¡Oh rabia!

ELENA

¿De la Cabrera?

DON JUAN

Allí ese hombre me dejó.

ELENA

Diome allí un mancebo amparo,

y una lancha salvación.

DON JUAN  
¿En la Cabrera?

ELENA  
Sí.

DON JUAN  
¿Entonces,

ese mancebo soy yo!

ELENA  
Sí.

CONDE  
¿Todo lo entiendo ahora!

DON JUAN  
(Desesperado.)

Y yo también, ¡vive Dios!

yo también, que del destino

bajo fatalismo atroz,

he sido siempre el juguete

desde la hora en que vi el sol.

CONDE

(¡Oh dicha! Pues el destino

a todos me los juntó,

de todos me libro a un tiempo.)

Rodulfo, tienes razón,

el uno en contra del otro

la suerte nos colocó,

y es fuerza sacrificarse

uno de ambos por los dos.

DON JUAN

Partámonos uno de otro,

padre; dejadme mi amor,

y huid mientras tenéis tiempo

y yo quedo tras de vos.

Si mi fuerza o mis engaños

os consiguen salvación,

para siempre separémonos,

y que nos ayude Dios.

ELENA

¡Qué historia espantosa es ésta

que a mis celos escapó!

Caín, tan negro misterio

no cabe en mi comprensión.

¿Es hijo tuyo ese hombre?

CONDE

Mujer, cierra el labio.

ELENA

¡No!

Fuerza es que se aclare todo

este misterio de horror.

CONDE

Pues bien, aclárese al punto,

porque ahora mirando estoy

que si ése es don Juan, hay otro

que su lugar usurpó.

¡Hola! Traed a ése.

Escena VII

DICHOS. JUAN, TOMÁS y PIRATAS

JUAN

Aquí está.

CONDE

¿Quién eres tú?

TOMÁS

Tomás soy.

CONDE

¡Gracias, fortuna! Salid.

(Vase Juan y los que con él han salido.)

Escena VIII

CONDE, TOMÁS, D. JUAN, ELENA e ISABEL

CONDE

¿Quién manda mi barco?

TOMÁS

Yo.

CONDE

¿Está en la costa?

TOMÁS

Está allí,

CONDE

¿Y a buscarme vienes?

TOMÁS

Sí.

CONDE

¿Para que partamos?

TOMÁS

No.

CONDE

¡Cómo!

TOMÁS

Escúchame, pirata:

acabo a uno de matar,

el bosque al atravesar.

CONDE  
¿A quién?

TOMÁS  
A Pedro Zapata.

CONDE  
De un bribón nos has librado.

TOMÁS  
Sí, mas en otra ocasión

conocí yo a ese bribón,

y todo me lo ha contado.

CONDE  
¿Y qué?

TOMÁS  
Por él supe allí

que la única hija mía,

que encomendado le había,



está en tu poder aquí.

CONDE  
¡Tu hija!

TOMÁS  
Él hizo papel

de padre suyo en mi nombre.

ISABEL  
¡No era mi padre aquel hombre!

CONDE  
¡Es hija tuya Isabel!

TOMÁS  
Sí.

ISABEL  
(Arrojándose a sus brazos.)

¡Padre!

TOMÁS  
(Ídem.)

¡Hija mía! Ahora,

pirata, no más doblez,

no más ficción; a tu vez,

de Dios tu perdón implora.

ELENA

¿Aun hay más misterios?

TOMÁS

Sí.

Ya mi hija, mi afán logré,

mi hija, que la causa fue

de mi silencio hasta aquí.

Veinte años ha que te sigo

de tu barco en el encierro,

veinte años que como un perro

camino y duermo contigo

por eso; ahora el dueño soy

de tu más fatal secreto,

y, por verte en él sujeto,

heme afanado hasta hoy.

CONDE

Guárdalo, esclavo, hasta el fin,

como hasta aquí lo has guardado.

TOMÁS

Más de seis años forzado

lo guardé en tu bergantín:

no, tú los lazos has roto

con que a callarme obligabas,

Caín, cuando me dejabas

esclavo de tu piloto.

Temistes que cuando en tierra

saltara, te vendería;

pensastes bien, este día

llegó, que tanto te aterra.

¿Te acuerdas, feroz pirata,

de aquel horrendo abordaje

con que distes fin al viaje

de una peruana fragata?

Con vida tan sólo allí

quedamos un niño y yo.

CONDE

Y ¿quién os la concedió?

TOMÁS

Tú; pero ¿a qué precio? Di.

Siendo parte de tu bando,

y los rayos de la ley

con tu sanguinaria grey

sobre nosotros llamando.

Te la compramos, ¡pardiez!

él con su fortuna entera,

con su suerte venidera;

yo, con toda mi honradez.

CONDE

Basta, ¡traidor! basta ya.

TOMÁS

¡Lo que adivinas te espanta!

CONDE

No saldrá de tu garganta

lo que resta.

TOMÁS

¡Oh, sí saldrá!

CONDE

Primero que lo pronuncies

tendrá cabo tu existencia.

¡Hola!

(Va a salir, y Tomás, acudiendo antes que él a la puerta, pasa el cerrojo y se coloca delante de ella.)

TOMÁS

A toda resistencia

es forzoso que renuncies;

no en vano a la fuerza apeles;

tu barco al Rey he vendido.

CONDE

¡Traidor!

TOMÁS

Y le he remitido

tu tesoro y tus papeles.

CONDE

¡Oh, furia!

TOMÁS

Y por conclusión,

envié, escrita de mi mano,

del abordaje inhumano

una exacta relación.

No hay, pues, para ti, Caín,

ni remedio ni esperanza,

que te aprestó mi venganza

en un cadalso tu fin.

DON JUAN

Eso, jamás, ¡vive Dios!

Mi padre le hizo el destino,

y yo le abriré camino,

o moriremos los dos.

ELENA

Y antes que a trance tan cruel

lo lleve tan vil traición,

pisarán mi corazón

para llegar hasta él.

Capitán, por cuanto caro

tengáis en el universo,

que en un trance tan adverso

no le dejéis sin amparo.

Habéis en su compañía

por largo tiempo vivido,

su fortuna habéis seguido,



y por su sangre os quería.

DON JUAN

No, ¡por Dios! Aunque me afrente,

su sangre no negaré.

(Al Conde.)

Vuestro lugar tomaré,

y, mientras secretamente

por ese oculto camino

salís al campo los dos,

yo me quedaré por vos

a arrostrar vuestro destino.

Tomad y huid.

(Le ofrece su espada. Tomás se va a acercar. Don Juan se dirige a él con nobleza.)

TOMÁS

¡Tente!

DON JUAN  
(A Tomás.)

¡Atrás!

Si tú vengas tu opresión,

yo cumplo la obligación

que hay en mi sangre, Tomás.

TOMÁS  
¡Rodulfo!

DON JUAN  
Si das un paso

para tocarle un cabello,

Tomás, por todo atropello;

tente a tu vez, o te abraso.

(Con una pistola.)

ISABEL  
¡Padre! ¡Don Juan!

DON JUAN

Id, volad.

TOMÁS

Pues bien, noble corazón,

aprende la obligación

de tu sangre en realidad.

No es la de ese monstruo fiero

la que corre por tus venas,

no; él colgó en sus antenas

a tu padre verdadero.

DON JUAN e ISABEL

¡Oh, no es mi/su padre ese hombre!

TOMÁS

No. Abordó vuestra fragata

y dejó de ser pirata

con su título y su nombre.

(El pirata lo oye todo con calma y fiereza.)

DON JUAN  
¡Ira de Dios!

TOMÁS  
Y ve aquí

la venganza que apresté;

sí, cuando en ella pensé,

pensé en tu padre y en ti.

DON JUAN  
(Volviendo la pistola que tiene en la mano, al pirata.)

Cúmplase, pues...: reza, infame,

tu postrimera oración.

CONDE  
(Presentando el pecho.)

Tira; aquí está el corazón:

no creas, no, que reclame

ni clemencia ni piedad

la fiereza del pirata,

que no eres tú quien le mata,

sino su fatalidad.

Tira: esa ha de ser mi suerte

de una o de otra manera;

conque venga como quiera;

nunca he temido la muerte.

ELENA  
¡Perdón, capitán!

ISABEL  
¡Perdón,

don Juan!

TOMÁS  
¡Tente! A la justicia

toca, y arguye malicia

impedir su obligación.

(Se oyen voces dentro, y luz de antorchas por detrás de la ventana. Algunos tiros muy a lo lejos.)

CONDE  
Mas ¿qué es esto?

TOMÁS  
Ya lo ves,

cercado el palacio está.

CONDE  
Mas mi gente lidiará,

¡vive Dios!

TOMÁS  
Inútil es;

no se trata de batallas

ni abordajes, y aplicado

habrán prontos, de contado,

escalas a las murallas.

JUAN  
(Dentro.)

¡Capitán!

CONDE  
(Asomando a la reja.)

¿Quién va?

JUAN  
(Dentro.)

Salid

pronto, que ya los soldados

tienen los puentes forzados

y huye mi gente; venid.

CONDE  
Mis dueños sois, responded;

mandad lo que os venga a tino;

yo arrostraré mi destino,

pero sin pedir merced.

TOMÁS  
(A la reja.)

Rendíos a discreción,

no hay más remedio ni espacio,

porque he vendido el palacio.

(Vocería lejana.)

ELENA  
(De rodillas.)

¡Perdón, capitán, perdón!

Os hizo una injuria cruel,

mas también os dio la vida,

y me tenéis prometida

la suya por Isabel.



¡Oh! Tenéis tiempo y favor:

sed generoso, don Juan;

no atropelléis, capitán,

vuestra palabra y mi amor.

CONDE

Alza y no ruegues, villana,

y pues que tanto me quieres,

vamos a ver cómo mueres

como buena siciliana.

ELENA

¡Ah, rendíos, capitán!

Veo que en vuestra nobleza

la ruindad y la grandeza

luchando en silencio están.

DON JUAN

No, no: él en su barco a mí

guardóme y me protegió:

con mal no he de pagar yo

el bien que de él recibí.

(Por la puerta secreta.)

Sea: partid, por aquí;

tal vez en la obscuridad

podéis la ermita ganad,

y estad ocultos allí.

Si mañana ambos a dos

vivís, un barco tendréis

para que a la vela os deis.

Id, y que os ayude Dios.

ELENA

¡Oh! Dejad que a vuestros pies...

DON JUAN

Id, que me estáis dando afán.

CONDE

Gracias, y adiós, capitán.

DON JUAN

No os detengáis.

CONDE

Vamos, pues.

Escena IX

DON JUAN, ISABEL y TOMÁS

(Tomás quiere hablar. Don Juan le ataja la palabra.)

DON JUAN

Tomás, ninguna objeción

admito: cumplí y cumpliste:

tú con mi padre, debiste,

y yo con mi corazón.

No pensemos más en él,

y sólo el placer gocemos

de ver que entrambos tenemos

nuestra dicha en Isabel.

TOMÁS

¡Honra tamaña, señor,

a nuestra humildad villana!

DON JUAN

Todo tu lealtad lo gana,

todo lo iguala el amor.

(Ruido en el paso secreto.)

Mas ¡qué ruido!... ¿Volverá

ese hombre? Llegan. ¿Quién va?

Escena última

EL CAPITÁN DE GUARDACOSTAS aparece por la entrada del camino subterráneo, seguido de algunos SOLDADOS con armas y antorchas.

CAPITÁN  
Yo

DON JUAN  
Y ¿quién de esa galería

os mostró el paso profundo?

CAPITÁN  
Un hombre que moribundo

al pie de la cruz yacía.

DON JUAN  
¡Oh! ¿Y los hallasteis?

CAPITÁN  
Los dos,

despechados resistieron.

DON JUAN  
¿Se salvaron?

CAPITÁN  
No, murieron.

DON JUAN  
¡Ay! ¡Fue justicia de Dios!

---

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#).

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](#).

